



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE IDIOMAS MODERNOS
ÁREA: LITERATURA

***LA REPRESENTACIÓN DEL CARIBE EN DOS CUENTOS
DE GLORIA STOLK***

Autora:
Claudia Carrillo Díaz

Tutora:
Mireya Fernández Merino

Caracas, 8 junio de 2004



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE IDIOMAS MODERNOS
ÁREA: LITERATURA

***LA REPRESENTACIÓN DEL CARIBE EN DOS CUENTOS
DE GLORIA STOLK***

Autora:
Claudia Carrillo Díaz

Trabajo de Grado que se presenta
ante la Universidad Central de
Venezuela para optar al grado de
Licenciado en Idiomas Modernos

Tutora:
Mireya Fernández Merino

Caracas, 8 junio de 2004

APROBADO EN NOMBRE DE LA UNIVERSIDAD
CENTRAL DE VENEZUELA POR EL SIGUIENTE
JURADO EXAMINADOR:

Prof. Mireya Fernández Merino.
(COORDINADORA)

Prof. Aura Marina Boadas

Prof. Luz Marina Rivas

Caracas, a los 8 días de junio 2004

AGRADECIMIENTOS

A mis padres Silvia y Claudio, ¡los amo mucho!

A mi profesora y tutora Mireya Fernández por su generosidad e infinita paciencia al permanecer para aclarar, ayudar y guiarme durante este trabajo y durante la carrera, ¡gracias de corazón!

A todos mis amigos de Licenciatura de Idiomas: Yesenia, Neris, Daniel, Virginia, Roberto, Milena, y a mis amigos de Licenciatura de Traducción: Shadia, Richard, Marisabel, Simona, Douglas y Jesús muchachos, a todos gracias por la ayuda, las palabras y sobre todo por los momentos compartidos...

A las profesoras: Aura Marina Boadas, Luz Marina Rivas y Francesca Polito por su ayuda, su tiempo y sus consejos, gracias...

¡A Dios, Mi amor... Mi vida!

¡A todos, gracias de corazón!

“A mi madre, porque le es debido”

ÍNDICE DE CONTENIDO

	pp.
RESUMEN	viii
INTRODUCCIÓN	1
I. MARCO TEÓRICO.	6
1.EL CARIBE, IMÁGENES Y REPRESENTACIONES DE LA REGIÓN	6
1.1. Características distintivas	6
1.2. El discurso del Salvaje: el hombre y el espacio	14
2. DE LA SEMIÓTICA Y EL SENTIDO	19
II ESTRUCTURAS DE SUPERFICIE Y PROFUNDAS DE “SAMANÁ, SAMANÁ”. ANÁLISIS.	24
III ESTRUCTURAS DE SUPERFICIE Y PROFUNDAS DE “ <i>EL JOVEN DE LAS BARBAS</i> ”. ANÁLISIS.	47
IV LAS REPRESENTACIONES DEL CARIBE	64
4.1. La representación del espacio	65
4.2. La representación del colectivo	67
4.3. La representación de la mujer	70
4.4. La representación del Otro. El extranjero.	72
V CONCLUSIONES	76

BIBLIOGRAFÍA	79
ANEXOS	83



REPÚBLICA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE IDIOMAS MODERNOS

LA REPRESENTACIÓN DEL CARIBE EN DOS CUENTOS DE GLORIA STOLK

Trabajo de Grado

Autora: Claudia Carrillo Díaz
Año: 2004

RESUMEN

En el presente trabajo se realizó un estudio de dos textos literarios *Samaná* y *El joven de las barbas*, cuentos que junto con otros diez relatos y una novela corta pertenecen a la obra Cuentos del Caribe, escrita por la autora venezolana Gloria Stolk. Se analizaron los procesos de significación y construcción del sentido a partir de los fundamentos teóricos postulados por A. J. Greimas, en los que se toma en cuenta la organización y entrelazamiento de las figuras y recorridos figurativos, así como la organización actancial presentes en el nivel de superficie de los textos y cuya presencia obedece a su vez a una estructura profunda que establece los parámetros semiológicos y semánticos encargados de regir el tejido de figuras en los textos, y dar cuenta de la producción social del sentido en los cuentos. A través de dichos análisis se pudo develar la presencia y la vigencia de diversas imágenes y discursos estereotipados y el papel relevante de ambos en el proceso de construcción del sentido de los textos objeto de estudio, además de sugerir un camino alternativo al estudio de los trabajos literarios que se enfocan en la recreación del Caribe.

Descriptores: Caribe, imágenes, discurso, sentido.

INTRODUCCIÓN

El afirmar que la literatura es un vehículo de la cultura de una región o de un país evidentemente no es algo nuevo. De hecho la literatura ha formado parte del desarrollo humano desde tiempos remotos y es por ello que una de las mejores formas de adentrarse en el estudio del ser humano, sus maneras, sus visiones, sus hábitos y sus tradiciones es a través de los textos literarios en los que se han representado las mil y un formas de ser y sentir de diversos grupos humanos a lo largo del tiempo.

Teniendo como estímulo la anterior afirmación, el presente trabajo tiene entre sus objetivos el análisis de dos cuentos de la escritora venezolana Gloria Stolk que pertenecen a la colección titulada Cuentos del Caribe (1970), y con ello el estudio de la representación de la región que en la ficción le da título a la colección. Es la estructuración del tejido lingüístico de los textos, el punto de partida para adentrarnos en el análisis de los significados y efectos de sentido con el fin de mostrar cómo ha ido cobrando forma en el relato la representación de la región caribeña y sus habitantes, en este caso la realidad caribeña, permitiendo mostrar el rol de la literatura en el proceso de perpetuidad y afianzamiento de imágenes y discursos con los que se suele describir el Caribe.

El Caribe puede ser definido, grosso modo, como un lugar de encuentro y cruces entre las culturas indígena, africana y europea. Tratar de definir a la región implica ciertamente, aproximarse a un asunto complejo, en el cual la diversidad en los ámbitos religiosos, raciales y culturales en general debe tomarse como punto de partida. Sin embargo, no es el propósito de este trabajo profundizar en el problema epistemológico que significa la definición de esta región. Partimos de que el Caribe es la gran cuenca, el conjunto de islas y costas continentales donde se estableció el sistema de plantación, espacio en el que confluyeron las culturas del europeo, africano y el indio, para dar origen a una cultura con rasgos que la diferencian de las culturas de origen. Un espacio de encuentro, de cruces y entrelazamiento de culturas, sobre los que se ha construido un conjunto de imaginarios sobre la región, en los que predominan múltiples y variados discursos sobre los que se han construido las imágenes de este espacio y sus habitantes. Pese a que un número de estudiosos de la región han caracterizado el Caribe como espacio de riqueza cultural, de mestizaje e hibridación, es posible observar cómo ciertos discursos que nacen con la llegada del conquistador y colonizador europeo en el siglo XV y que siglos más tarde se alimentan con las teorías racialistas del XIX, muestran el espacio y el habitante de esta región bajo el llamado discurso del salvaje.

Basándonos en las consideraciones anteriores sobre el Caribe y sobre su representación, en este trabajo analizamos los procesos de significación y

construcción del sentido a través de los cuales se arman las representaciones del Caribe en los cuentos *Samaná* y *El joven de las barbas* escritos por la autora venezolana Gloria Stolk en la obra anteriormente mencionada, libro que nace de las circunstancias particulares que Gloria Pinedo de Marchena, experimenta durante su estancia en República Dominicana como funcionaria diplomática. La interacción de la autora venezolana con la rica poesía popular y la herencia narrativa oral de la región, sumadas a su talento creador dan como resultado una obra rica en símbolos e imágenes del Caribe. No es mera casualidad que todas las narraciones se elaboren de una manera tan natural, lo que nos muestra la familiaridad de Gloria Stolk al describir ámbitos y espacios naturales tales como el mar, el clima, las costumbres.

El análisis de los cuentos consiste en poner de relieve los procesos de significación y construcción del sentido a través del estudio de las estructuras narrativas y discursivas del nivel de superficie, y de una síntesis de las estructuras profundas que logran armar el sentido en ambos relatos. Con el fin de lograr nuestro objetivo dividimos el trabajo en las siguientes partes:

En el primer capítulo, encontramos dos secciones:

Primero, comenzamos por esbozar una reseña histórica sobre algunas características que han permitido describir la región caribeña, las cuales si

bien no representan un concepto del Caribe, las mismas nos ayudan a comprender las particularidades de la región.

En la segunda sección, presentamos un esbozo sobre el llamado *discurso salvaje*, discurso que ha buscado dar cuenta del encuentro de diversas culturas, y de las complejas relaciones que se establecen entre los diversos grupos humanos que convergen en El Caribe, y a través del cual se revela ciertas imágenes y discursos que en su momento han servido de representación del espacio caribeño y sus habitantes y que nos servirán de referencia para acercarnos a las representaciones del Caribe recreadas en los relatos.

El segunda parte del primer capítulo completa el marco teórico-metodológico en el que se basa toda la investigación y en el cual aclaramos en qué consiste la semiótica y los procesos de significación de construcción del sentido.

Los capítulos dos y tres del trabajo, comprenden el análisis de los relatos *Samaná* y *El joven de las barbas*, en los cuales se dedica primero, una parte al estudio de los elementos del nivel de superficie y sus relaciones, para luego pasar a presentar una síntesis de las unidades de contenido presentes en el nivel profundo. Seguidamente, mostramos cómo ambos niveles se relacionan en función del sentido de los textos como un todo,

develándose a su vez las imágenes del Caribe recreadas en los cuentos de Gloria Stolk.

En el capítulo cuatro, se realiza una comparación entre los dos análisis, con el fin de determinar las semejanzas entre las representaciones del Caribe en ambos relatos y dar forma a la matriz común de imágenes que nos permitirá mostrar el Caribe representado en los cuentos.

Para finalizar, en el capítulo cinco se exponen las conclusiones, las cuales presentan un balance de todo el proceso de investigación: ventajas del método de análisis, resultados alcanzados, así como una breve reflexión del valor del mismo como trabajo especial de pregrado, a través del cual, es posible percibir la relación entre los elementos presentes en la cadena lingüística de ambos relatos, encargados de estructurar los valores y códigos culturales en función de la representación del Caribe ficcional presente en los relatos.

CAPÍTULO I

MARCO TEÓRICO

1. EL CARIBE, IMÁGENES Y REPRESENTACIONES DE LA REGIÓN

1.1. *Características distintivas*

La multiplicidad étnica, religiosa y cultural en general que conforma El Caribe y que lo convierte en un “collage social”, significa una dificultad a la hora de definirlo. Bien lo expresa James Figarella (1992) en su artículo sobre la región:

...si nos preguntamos qué es El Caribe, y qué es lo caribeño, se abriría ante nosotros un angustioso y caótico laberinto de respuestas posibles y cualesquiera de ellas, con toda seguridad, daría de sí un no menos azaroso expediente de otras diferentes... (p. 12).

Sin embargo, esta diversidad cultural a la que se refiere el investigador cubano, no impide encontrar en El Caribe algunos aspectos que hacen posible ver a la región como un conjunto.

Lulú Giménez en su libro Caribe y América Latina (1991) define algunos de los aspectos comunes a toda la región:

- La conformación de sociedades en las cuales el proceso de colonización se inicia con la devastación de las poblaciones indígenas.
- La existencia de un orden económico semejante a todos los países del área, caracterizado por el sistema de plantación – caña de azúcar – sobre la base del trabajo esclavo.
- El sincretismo cultural, como característica sobresaliente del conjunto caribeño, entendido como la permanencia histórica de elementos de las culturas dominadas bajo el disfraz simbólico impuesto por el conquistador europeo (pp. 94, 95).

Aunque lo anteriormente expuesto no esboza un concepto de Caribe, la investigadora venezolana plantea algunos de los principales elementos que, a juicio de otros expertos en la materia, como Antonio Gaztambide (1996) y Andrés Bansart (1989), definen de forma general la región.

La primera característica distintiva del Caribe propuesta por Giménez hace referencia a la aniquilación de la población indígena y la inmediata “repoblación” que se inicia con la mezcla entre europeos, indios y negros. Cuando los conquistadores llegan por primera vez al “Nuevo Mundo”, éstos se encuentran con los territorios insulares que serán conocidos desde ese entonces como Las Antillas, y a su vez, establecen el primer contacto con la población aborígen conformada en su mayoría por diversas etnias. Aunque se sabe que dichos grupos estaban social y culturalmente estructurados para

el momento de la llegada de los invasores europeos, para el conquistador eran sólo válidos sus propios patrones sociales. La diferencia cultural se convierte en el principal argumento para dar inicio al exterminio sistematizado de los aborígenes y sus culturas, “sin que ello derivara en una perturbación de la conciencia histórica europea: donde nada había, nada podía ser destruido” (Giménez, 1991:75).

En consecuencia, se da comienzo a una “reestructuración humana” en la que toman parte diferentes grupos étnicos. Grandes contingentes de población negra provenientes del África, los pocos indios que sobreviven, sumados todos ellos a los conquistadores y colonizadores europeos asentados ya en la región, dan vida a una mezcla étnica sin igual. Digamos que son éstos, básicamente, los primeros cimientos de las sociedades caribeñas. Sin embargo, el encuentro y cruce de grupos humanos diversos no termina allí. Siglos más tarde, grandes movimientos migratorios provenientes de Asia y de otras latitudes, toman parte de esta singular “mezcolanza racial” lo que hace más compleja la realidad ya existente. Veamos como James Figarella (1992) se refiere a este hecho:

El mundo se desplaza sucesivamente hacia El Caribe, trasladando a él esencias hasta entonces ignoradas...la Europa occidental que viene en forma de conquistadores y colonizadores de diversos tipos, es y no es Europa; como es y no es África la que viene en las cargazones de negros, y como es y no es Asia la que arriba en oleadas de chinos, hindúes, indostanos y filipinos. El mundo se reformula al formular El Caribe (p. 19).

El Caribe como “reformulación”, como una manera otra de concebir el mundo es, en efecto, el resultado del proceso de colonización que toma lugar en toda la geografía caribeña. El proceso de colonización origina no sólo una transformación étnica radical, sino que el mismo impone nuevos sistemas económicos que acaban por desmoronar las estructuras de subsistencia originarias de la región tales como la pesca, la caza, entre otras. Una vez que los conquistadores asumen la ausencia de grandes riquezas naturales como el oro, el cobre, la plata, en la región caribeña, el interés se orienta hacia el desarrollo económico por medio de la agricultura. Nace el sistema de plantación y con él los nuevos patrones socioculturales que van a conformar las sociedades en el Caribe.

La plantación de caña de azúcar se convierte en el principal sistema de producción económica en la región. No obstante, este mismo orden alcanza tierras continentales y da paso a nuevos cultivos – café, cacao, algodón – los cuales son desarrollados bajo las reglas del mismo modelo económico de la plantación: grandes extensiones de tierras cultivadas por una mano de obra barata proveniente del África. Veamos como el escritor uruguayo Eduardo Galeano (1971), recrea la ocasión histórica en torno al sistema de plantación:

Ya el azúcar se había propagado a otras islas, hacia el archipiélago de Sotavento, Jamaica y, en tierras continentales, las Guayanas. A principios del siglo XVIII, los esclavos eran en Jamaica, diez veces más numerosos que los colonos blancos... Al norte y al oeste, Haití se convirtió en un

vertedero de esclavos: el azúcar exigía cada vez más brazos
(p. 84).

La elocuencia del momento histórico descrito por Galeano nos revela las circunstancias engendradas por el sistema de plantación. El comercio humano del que son objeto los nativos africanos, la transgresión de su arraigo cultural como consecuencia de su “integración” al nuevo contexto geográfico-cultural.

Moreno Friginals (citado en Boadas, 1989: 141), explica cómo la importación deliberada de esclavos africanos, sumada a la posterior explotación de los mismos dan inicio al proceso de deculturación, en el que se obliga a la población negra a abandonar sus costumbres y a asimilar otras nuevas. Tal hecho es considerado por algunos investigadores como la desfiguración de la cultura originaria africana, puesto que la misma sufre bajo el dominio conquistador una desintegración de sus componentes esenciales. Sin embargo, cabe destacar que es precisamente en ese proceso difícil de asimilar otras costumbres que se origina una nueva cultura de resistencia, la cultura afro-caribeña.

Podemos afirmar a partir de todo lo anterior, que el sistema de plantación se presenta no sólo como el orden económico más importante del periodo colonial, sino como una experiencia unificadora de la totalidad caribeña, desde el momento en que el mismo se convierte en un medio

transmisor y fundador de nuevos patrones sociales que, sumados a los patrones etnoculturales de la conquista y a los remanentes culturales indígenas, dan vida a lo que hoy desde el punto de vista socio-cultural se conoce como El Caribe.

La tercera característica distintiva planteada por Giménez alude al sincretismo cultural presente en la región el cual es considerado como uno de los factores más emblemáticos de la totalidad caribeña. En efecto, basta una mirada al folklore caribeño, es decir, a toda la creación artística y plástica, así como a las creencias, los ritos, y leyendas populares, todo lo que en resumen alimenta el imaginario y la dinámica del ser colectivo caribeño, para comprobar el legado cultural resultado de la mezcla de culturas dominadas y dominantes.

La música, expresión artística en la que se funden los ritmos y cadencias nacidas de la cultura africana con las corrientes europeas e indígenas, representa una de las materializaciones más importantes del sincretismo cultural. Otra manifestación se percibe en el campo de “lo sagrado” donde los ritos y prácticas animistas provenientes de la cultura africana logran entrelazarse con las religiones de origen judeo-cristiano, para dar como resultado los sistemas mágico-religiosos propios de la región. Finalmente, encontramos otra reafirmación de la diversidad cultural relacionada con la realidad lingüística, la cual da muestra de la evolución de las lenguas de las antiguas metrópolis europeas como el inglés, el francés, el

holandés y el español, que no sólo han asimilado nuevos matices y giros sino que, a partir de ellos, se han creado nuevos códigos lingüísticos que logran enriquecer el patrimonio de la región. Entre las muestras de las particularidades lingüísticas del Caribe encontramos el creole, una combinación de francés con remanentes de lenguas africanas, o el papiamento resultado de la mezcla de holandés, lenguas africanas e inglés; a esto se suman lenguas como el chino o la lengua indostana que de igual forma contribuyen en tan particular “amalgamiento de lenguas” que se da cita en El Caribe.

Una vez que hemos hecho alusión a las experiencias comunes del Caribe y a la complejidad que dichas experiencias conllevan, podemos afirmar que es posible hablar de los múltiples rostros que dan forma a las sociedades caribeñas, y que resaltan su diversidad. Ahora bien, más allá del hecho de que estos factores puedan ayudar a comprender la complejidad de la región, debemos considerar que, esos mismos elementos han funcionado desde hace quinientos años como los puntos de partida para la creación y recreación de diferentes valoraciones sobre la región y sus habitantes.

Así, el conquistador europeo llega al Caribe a “corroborar” su visión de las tierras desconocidas, conformada por imágenes extravagantes e irreales con las cuales se describe a los seres que pueblan las nuevas tierras. Al respecto Corominas y Rivas (1992) señalan lo siguiente:

Los hombres salvajes, los esclavos naturales, los bárbaros, las amazonas, los monstruos, los antropófagos, los gigantes, la fuente de la eterna juventud, el paraíso terrenal, la edad de oro, existían en el imaginario de la mente europea antes del “descubrimiento”. Estas imágenes provenían tanto de la mitología de las culturas mediterráneas cultivadas por la tradición oral, la literatura y la religiosidad de la Edad Media... (p. 17).

La cita anterior nos da una breve idea de las imágenes que inspiraron las primeras descripciones acerca de la región caribeña y las cuales han continuado, a lo largo de quinientos años, construyendo nuevas y contradictorias representaciones del habitante de la región, oscilando entre la figura del buen salvaje y la del caníbal.

Esto evidentemente nos lleva a preguntarnos acerca de las diversas representaciones que sobre El Caribe han existido, las cuales, de alguna forma, han influido en la manera de “ver” y de “verse” del sujeto colectivo caribeño. Así lo expresa Daniel Mato (1993) cuando señala que, aunque no es necesario sobrevalorar la importancia de este tipo de factores culturales – especialmente los estereotipos – en la formación de imágenes y percepciones mutuas, es importante reconocer su existencia y su acción en la dinámica social como representaciones simbólicas que establecen modos específicos de comunicación.(p. 119).

A partir del proceso de conquista, y de la colonización europea en la región con la imposición de patrones y sistemas socio-culturales ajenos a la

región del Caribe, toman lugar una serie de imágenes y percepciones con las cuales se pretende interpretar la realidad caribeña: nace *El discurso del Salvaje*.

1.2. *El discurso del Salvaje: el hombre y el espacio*

En el aeropuerto de las Américas, y tras una hora y media de vuelo, los piropos, el sabor, el merengue, la bachata, y el calor humano no se hacen esperar... (El Nacional, 2001: 12)

La cita anterior revela una de las imágenes actuales más propagadas del Caribe. El fragmento funciona como una especie de “tarjeta de presentación”, a tiempo que invita al visitante a una tierra de gente con “sabor”, donde la fiesta y la diversión están siempre presentes. Sin duda que las promesas de placeres es un buen incentivo a la hora de atraer miles de turistas que disfrutarán de la bachata, del merengue, de los piropos y otras cosas más. Ahora bien, El Caribe, más allá de su fama de “paraíso de placeres” y de “tierra festiva”, encierra una realidad socio-cultural compleja. Lo percibido dentro y fuera de la región como “caribeño” no sólo guarda una estrecha relación con los factores histórico-culturales analizados, sino también con el conjunto de representaciones con las cuales se ha pretendido caracterizar el Caribe y sus habitantes.

Un acercamiento formal a las diferentes imágenes con que se describe El Caribe, nos lleva a analizar “la hostilidad hacia lo distinto”, conducta que ha sido objeto de estudio de diversas disciplinas sociales. B. Mazzara (1998) en su libro Estereotipos y prejuicios, habla de las justificaciones “biológicas” que, durante mediados del siglo XIX, sustentaron la diferencia de las razas, la superioridad de unas sobre otras, específicamente, de los blancos respecto a otros grupos, como los negros e indios, por ejemplo.

Dicha hostilidad tiene su punto de partida con la llegada del conquistador europeo a tierras caribeñas lo cual podemos corroborar con el siguiente fragmento:

Los renacentistas concebían un mundo poblado de sylvestres homines, criaturas que vivían en los bosques y las montañas, apartados de las actividades racionales...así vieron a los amerindios muchos europeos: que parece que no son hombres con ánima racional, sino salvajes de los montes por lo cual no cabía doctrina en ellos (Corominas y Rivas, 1992: 17).

De esta manera, la imagen del “salvaje” comienza su recorrido a través de la historia, llegando incluso a ser apoyada por los primeros teóricos encargados de estudiar al hombre y su entorno. Así, Omar Rodríguez en su libro Etnias, imperios y antropología (1991), reseña cómo la antropología de “Las Luces” se encarga de exponer las proposiciones teóricas que

“comprueban” la diferencia entre el “hombre civilizado” es decir, el europeo blanco, colonizador, y “esos otros” los indios, de “humanidad salvaje” (p. 22).

Es así como la hostilidad hacia “el otro” va tomando cuerpo y fuerza a lo largo de la historia y encuentra, paradójicamente, el apoyo de factores trascendentales como las ciencias, la religión y en general, de todas aquellas fuerzas hegemónicas que asumen como beneficio y derecho el dominio sobre “el otro”, entendido éste como el débil, el pobre, el indio, el negro, en fin, el “salvaje”. Al respecto Rodríguez señala:

Esa negación obligada, irremediabilmente a hacerla extensiva para todo el marco de referencia de esas sociedades, con lo cual se hacía valer la categoría de “primitivo”, no sólo para satisfacer las necesidades de explicación de esas realidades distintas, también para contribuir a facilitar los elementos que le sirvieran de coartada a las administraciones coloniales, en el diseño de modelos para dominar... (p. 32).

Con el tiempo la percepción negativa de “ese otro descubierto” en el Caribe comienza a irrumpir en el discurso explicativo sobre la conducta, las visiones, las tradiciones que se manejan sobre la región. La figura del salvaje se une a la concepción “misteriosa y mágica”, con la cual suele describirse el espacio caribeño “...donde todo lo humano puede ser recogido y recreado...” (Giménez, 1991: 158), y en el cual ocurren “hechos fantásticos” como cambios de conducta de la gente o del extranjero que llega y sin “ninguna razón” coherente “comienza a ver y sentir un algo extraño, inesperado,

indefinible, incalculable en la conducta y en los propósitos de esta gente, un algo ajeno y extranjero a su horizonte cultural” (Briceño Guerrero, 1993: 221).

Ahora bien, para el pensador venezolano Briceño Guerrero (1993) “el apegarse a unas circunstancias culturales hasta el punto de identificarse con ellas, es rebajar la condición humana universal...” (p. 296), puesto que tal y como él mismo lo afirma “la identidad del hombre no debe afincarse sobre una transitoria configuración de circunstancias culturales”. Así, en las imágenes que sobre El Caribe existen, se perciben naturaleza y hombre íntimamente unidos. No es casual que tanto el individuo como la tierra caribeña sean parte del discurso explicativo del Salvaje puesto que éste se convierte precisamente en la plataforma ideológica que utilizan las metrópolis europeas para asirse del poder e implantar su sistema de valores. “Lo salvaje” como discurso surge entonces como una manera de acercarse y comprender una realidad que resulta difícil de aprehender para el conquistador europeo.

Lógicamente las percepciones del Caribe no se limitan a las que hemos hecho referencia en este apartado. De hecho, las hay muy variadas y numerosas. No obstante, hemos querido a través de esta breve reseña histórica-cultural mostrar cómo se desarrolla el *discurso salvaje* y sobre todo poner de relieve el eco que éste encuentra en la literatura de la región, la cual funciona como vehículo en el cual es posible distinguir el tejido lingüístico, esto es, la cadena de palabras en que consiste de la compleja red

de relaciones entre personajes, sensaciones, hechos, sentimientos, ideas, lugares, etc., que las palabras del texto representan y que podemos denominar por eso “mundo representado” (García Barrientos, 1999: 28). De ahí que la literatura no sólo se limite a la recreación estética de los espacios, tiempos y personajes. Más allá de un proceso estético-reconstructor de lo externo, la literatura es un espacio importante para la transmisión y revitalización de imágenes, percepciones y discursos sobre el mundo, espacio en el que las palabras más allá de ser simples elementos lingüísticos, se transforman en signos y códigos culturales.

Así pues, teniendo ya una visión del Caribe como región de diversidad cultural, sabiendo también que es a partir de esta misma diversidad que toman lugar distintas valoraciones de la región del Caribe y su colectivo, y para mostrar cómo tales valoraciones se materializan a través de los textos narrativos de Gloria Stolk, pasemos a la siguiente parte de este trabajo en la que trataremos de definir la semiótica y los procesos de construcción del sentido que ella va definiendo, como paso preliminar hacia los análisis de los cuentos que nos hemos propuesto estudiar en función de los objetivos propuestos en esta investigación.

2. DE LA SEMIÓTICA Y EL SENTIDO

En el libro titulado Representaciones colectivas y proyecto de modernidad, su autor, José Beriain (1990), expone su planteamiento sobre el mundo instituido de significados, al cual define como *“el universo de costumbre, usos, visiones, instituciones, tradiciones, entre otras manifestaciones sociales las cuales articulan y definen a la sociedad humana”* (p.14). Es precisamente con este mundo de significados que el hombre establece contacto por primera vez, y es sobre esa base que el individuo se desarrolla. Ahora bien, tal desarrollo depende de la sociedad particular en la que el hombre se encuentra, pues como afirma el mismo autor, el ser humano *“tematiza las constelaciones de significado, las producciones culturales de sentido que articulan el mundo instituido de significados de una sociedad”* (p. 14).

Analizar el proceso de desarrollo del individuo dentro de una sociedad determinada da cuenta de la capacidad humana de comunicación, al crear y regular el mundo a su alrededor a través de un universo de signos y valores desarrollados y compartidos por la sociedad a la que pertenece. La disciplina que se ocupa de la descripción científica de los signos y de los procesos de significación en los que se manifiesta la producción social del sentido es la Semiótica. (Bueno y Blanco, 1980: 15).

Uno de los estudiosos más importantes de la manifestación del sentido y de su organización, específicamente en el discurso narrativo, ha sido A. J. Greimas, quien en sus inicios e influenciado por las investigaciones del formalista ruso Vladimir Propp y del antropólogo Levy- Strauss, lideriza la escuela del estructuralismo francés. Greimas lleva acabo importantes avances en el estudio del significado en los textos narrativos. Uno de sus aportes más significativos sobre los procesos de significación y construcción del sentido es el Modelo Actancial, a través del cual es posible establecer la forma en que un actante ejecuta su actancia. (Blanco y Bueno, 1980: 122).

Es importante mencionar que los estudios y trabajos sobre el discurso narrativo no se limitan a la labor del grupo estructuralista francés liderizado por A. J. Greimas. Así, entre otros estudiosos que logran dar continuidad a los postulados de Greimas se puede mencionar al *Group d'Entrevernes* (1979), el cual concibe el análisis semiótico como una “reescritura de los elementos suministrados por el texto, en los términos autorizados y organizados por la teoría semiótica...” (en Fernández, 1990: 13).

A su vez, estos trabajos nacidos en Europa se difunden en distintos espacios intelectuales de Latinoamérica donde comienzan a desarrollarse otras investigaciones enmarcadas dentro de los parámetros greimasianos. Los trabajos de D. Bueno y R. Blanco (1980) condensados en el libro Metodología para el análisis semiótico, y la Lectura semiótica de un relato de Mireya Fernández Merino (1990), logran perpetuar el legado teórico de

Greimas, al tiempo que enriquecen el análisis de la narrativa latinoamericana.

La idea de insertar nuestro trabajo de investigación dentro de los parámetros propuestos por la Semiótica surge cuando nos planteamos cómo estudiar de manera formal, la representación del Caribe en los cuentos de Gloria Stolk. Hemos considerado que al seguir esta metodología de análisis –describir la construcción de los posibles sentidos del texto y con ello el mundo del Caribe recreado y manifestado en la realidad lingüística- evitamos caer en un simple estudio impresionista y cumplimos con uno de los propósitos de toda investigación: seguir un método que conduzca al hallazgo de resultados pertinentes.

A fin de llevar a cabo nuestro objetivo, analizar la representación del Caribe en los relatos “Samaná” y “El joven de las barbas”, nos basaremos en parte del esquema de análisis semiótico aplicado en el trabajo de la Prof. Fernández que se fundamenta en la labor de autores como D. Bueno y R. Blanco y del *Group d’Entrevernes*. Cabe señalar que dentro de nuestros objetivos no se contempla llevar a cabo un estudio semiótico exhaustivo en todos sus niveles; sólo tomamos en cuenta aquellos puntos relacionados con los distintos niveles de análisis, en función de describir la forma que asume la representación del Caribe en los cuentos. Para ello, se procederá principalmente al análisis del nivel de superficie en el que operan los encadenamientos de la figuras y los efectos de sentido, así como la sucesión

y el encadenamiento de los estados y sus transformaciones; y una síntesis del nivel profundo en el cual operan las diversas unidades de contenido encargadas de regir las estructuras de superficie y sus relaciones en función del texto como un todo significativo.

Al emprender el estudio de las formas de un texto narrativo tomaremos en cuenta, en el nivel de superficie, el llamado Componente Narrativo, el análisis de los programas narrativos, es decir, la descripción de la serie de estados y transformaciones que se concatenan sobre la base de una relación Sujeto-Objeto y de su transformación. Ello permitirá definir los diversos roles actanciales: Sujeto, Destinador, Destinatario, Ayudante u Oponente, (Bueno y Blanco, 1980), que se manifiestan en el texto. El estudio también se detiene en la organización del Componente Discursivo, a través de la discriminación de los diferentes recorridos figurativos que definen lo que en la tradición literaria llamamos personajes, es decir, los sujetos de estado o sujetos operadores que designan posiciones precisas en el interior de la red de relación construida por los programas narrativos (en Fernández, 1990, p: 21). Los recorridos figurativos pueden reducirse a roles discursivos, llamados roles temáticos. El concepto de rol temático del componente discursivo se corresponde con el de rol actancial del componente narrativo. El punto de encuentro donde se cruzan al menos un rol actancial con su correspondiente rol temático designa la noción de actor, lo que implica el

cruce de los dos planos el de las estructuras narrativas con aquel de las estructuras discursivas.

El análisis conduce a presentar como mencionamos en líneas anteriores, las estructuras que subyacen a la estructura de superficie. Nos referimos a las unidades mínimas de contenido encargadas de dar vida al sentido de los textos. La estructura profunda establece las pautas que rigen la manifestación discursiva. Por tal razón, Blanco y Bueno (1980), afirman que la estructura profunda “es al mismo tiempo causa y efecto del sentido” (p.144). Presentaremos esquemáticamente en el nivel profundo la organización de los recorridos y la redundancia y permanencia de los semas nucleares lo que configura las llamadas isotopías semiológicas del texto, así como la redundancia y permanencia de los clasemas, que dan forma a las isotopías semánticas (Blanco y Bueno, 1980: 36).

La aplicación del modelo es el punto de partida del análisis de los cuentos, lo que permitirá pasar al nivel siguiente en el cual se dará la lectura interpretativa acerca de la representación del Caribe en las obras estudiadas.

CAPÍTULO II

ESTRUCTURAS DE SUPERFICIE Y ESTRUCTURAS PROFUNDAS DE “SAMANÁ SAMANÁ”. ANÁLISIS

Una vez estudiados los fundamentos teóricos necesarios, no nos resta sino mostrar a través del análisis, cómo se manifiestan en los cuentos la representación del Caribe en el nivel de superficie por medio del estudio del Componente Narrativo y el Componente Discursivo, en los cuales se manifiestan las relaciones entre las cadenas y redes de figuras y las transformaciones narrativas.

Comenzamos con el análisis del primer cuento *Samaná*. Con el fin de acercarnos al texto de manera global, diremos que *Samaná* es la historia de un predicador, Juan, que se enamora de una mujer, Denise, traicionando su misión de salvar las almas perdidas

La historia se desarrolla en dos años aproximadamente y podría denominarse como: “El viaje a Samaná”. El relato se divide en las siguientes secuencias:

1. Llegada de Juan a Samaná (Párrafos 1 al 4) *“Vendía biblias (...) estaba dispuesto a alojarse en cualquier sitio con alguna familia modesta”*
2. El pasado de Juan (Párrafos 5 al 8) *“la religión le había entrado de repente (...) ¡Alabao! Y que sabroso lo cuenta...”*
3. Estadía en casa de Don Tomás (Párrafos 9 al 11) *“Para hospedarse quería una casa honesta (...) nos va hacer Mucho bien. Ça va”*
4. El acercamiento a Denise (Párrafos 12 al 15) *“Denise tuvo desde aquel momento que cocinar más (...) mas haría el sacrificio, se acercaría a esta mujer inquietante”.*
5. Atracción entre Juan y Denise Párrafos 16 al 18) *“Pronto se estableció una relación cordial entre ambos (...) Denise no hacía más que pensar en él (...) él bruscamente se marchó”.*

6. Juan abandona la casa (Párrafos 19 y 20) *“La belleza lujuriente del paisaje le recordaba a Denise (...) con todo su ser anhelaba ir a ella ...”*
7. Reencuentro con Denise (Párrafos 21 al 35) *“Había sabido de su larga enfermedad (...) cuidado amigo dijo Don Tomás.”*
8. Muerte de Juan (Párrafos 36 al 39). *“A toda velocidad se fue huyendo (...) cuando quiso frenar ya era tarde”*

Las dos primeras secuencias del relato se encargan de introducir al personaje principal masculino Juan, a tiempo que presentan los primeros indicios físicos del espacio en el que se desarrollan los acontecimientos, los cuales tienen como punto de partida la llegada de Juan a la aldea de Samaná. El personaje viene atraído por el nombre de la zona que le recuerda al Antiguo Testamento “Samaná, Samaná”. El uso de diversas formas temporales del pasado entre las que destacan el imperfecto o copretérito y formas progresivas: iba vendiendo, creía, soñaba, recordaba, había visto, nos da un sentido temporal de continuidad: “Vendía biblias y era furiosamente casto cuando llegó...” (p. 155). Por otro lado, se presentan las primeras figuras encargadas de concretar el rol temático de /predicador/

como son: furiosamente casto, salmodiante. No obstante, éste mismo actor se presenta como /vendedor de biblias/ rol que se sustenta con las figuras: piadosa mercancía, precio irrisorio, libro santo. Estos roles asumidos por un mismo actor pueden ser estables o no a lo largo del relato. Lo importante de esta diversidad, es la variedad de figuras que surgen en el texto, las cuales van a contribuir a la estructuración del sentido (Bueno y Blanco, 1980: 130).

Según la organización actorial propuesta por Greimas, el personaje de Juan se instaura como Sujeto del Querer-hacer: guiar y salvar a la población de la aldea, debe entonces ejercer su poder de “seducción” a través de la palabra divina para lograr realizar su tarea de predicador, la cual surge una vez que Juan siente el llamado espiritual y abandona su vida mundana para dar cabida a la vida llena de sacrificios de un predicador. Se puede observar la relación entre el rol actancial y el rol temático, a la vez que se configura el primer programa narrativo: “La salvación”.

El espacio físico en el que se desarrolla el relato es una isla, cuya descripción nos permite ir construyendo el primer recorrido figurativo **La isla** con las figuras: costa este de la isla, pequeños pueblos, cordillera, hermosa región, tierras suaves, soñolientas, las cuales describen una aldea costera con “aires de provincia” que el personaje principal compara con espacios descritos en las sagradas escrituras. A partir de la descripción del lugar comienza a tomar forma la configuración de **lo caribeño**. Esta primera descripción del espacio físico se relaciona con otro recorrido figurativo al

cual denominamos **la población** con figuras como: manos ingenuas, ingenuamente pecadoras, las cuales caracterizan a los habitantes de la isla. Estas figuras a su vez, justifican el tipo de relación que establece el personaje en su rol de /predicador/ con los habitantes de la isla. De esta forma, el predicador deseoso de transmitir los valores religiosos “debe” ir en busca de una muchedumbre pecadora y humilde a la cual salvar. Así, se justifica en el relato el hacer del personaje: salvar almas. Por otra parte, el recorrido de **la población** se enriquece con figuras tales como: míseros poblachos, llenos de canciones, lujuria ancestral, las cuales proyectan una imagen particular del colectivo “...llenos de despreocupada lujuria ancestral” (p.156), atributos que justifican las acciones del predicador. A su vez, otras figuras consolidan dichas imágenes como la figura *morenos de la costa*, la cual nos presenta dos aspectos relevantes como son, la tierra y el tipo de gente. La referencia a la costa sumado al atributo étnico de morenos, enriquecen a su vez la configuración de **lo caribeño**, a tiempo que se alimenta de otros aspectos culturales como creencias y conductas de la población: “los morenos de la costa se acercaban y oían fascinados, con la boca abierta como si se tratase de un fabuloso cuento de aparecidos, de ángeles y diablos, de amos blancos y santos, con cabellos largos y túnicas brillantes...” (p. 157). El querer predicar del personaje principal encuentra receptividad en la condición de ese colectivo descrito como ingenuo e ignorante.

Otro factor importante presente en esta escena es aquel que se materializa en las figuras: amos blancos y santos opuesta a la de los morenos de la costa y con las cuales se nos muestra la diferencia entre el blanco y el negro. El libro sagrado encierra figuras que se relacionan con el mundo del blanco. La palabra de Dios ejerce la función de Destinador que lleva a Juan a convertirse en predicador, sujeto del hacer, para llevar el mensaje divino a los habitantes de Samaná. El personaje de Juan es el portador de la verdad, aquel que viene de otro lugar fuera de la isla para evangelizar y convertir al otro con la palabra divina.

Las primeras dos secuencias culminan con una exclamación del colectivo: “Alabao y que sabroso lo cuenta...” (p. 157), la cual muestra la manera en que dicho colectivo elogia y acepta la palabra del predicador, a tiempo que refuerza el rasgo de ingenuidad del pueblo y la necesidad de conducirlos hacia la verdad que encierra el libro.

En la tercera secuencia se introduce el resto de los personajes Don Tomás y su esposa Denise para dibujar el recorrido de **la convivencia**, y el cual se manifiesta a través de las figuras: casa honesta, familia bien constituida, amigo, largas y filosóficas conversaciones, mesa común, entre otras. Se da comienzo a una nueva etapa en la que destaca Denise como eje principal. Este nuevo actor es descrito en el relato como /haitiana blanca/, lo que enfatiza su pertenencia al espacio caribeño, y también como /mujer casada/, roles que encuentran sustento en la calificación de Denise

como: sumisa, obediente y esquivia. Así, la convivencia de Juan con la familia de su amigo marca, por una parte, el acercamiento hacia Denise, y por el otro, el camino hacia el rompimiento del equilibrio en la trama.

La cuarta secuencia se centra en el personaje de Denise y en la conversión de “aquella alma esquivia”. De esta forma, se presenta un cambio en la relación del sujeto con el objeto de valor. En un principio el programa de salvación se dirige hacia el colectivo; sin embargo, este objeto es sustituido por uno nuevo: “Esa sería su misión, su penitencia, cuando estuviese dentro de la casa, ganarse a la desconfiada de Denise...” (p. 159). Aunque en esta secuencia el rol de /mujer casada/ se mantiene estable hasta esta parte del relato, nuevos atributos se presentan para adelantar la presencia de un nuevo rol temático: /femme fatale/: “la encontraba equívoca, vagamente amenazadora sin poder decir por qué...” (p. 159).

En la quinta secuencia se presenta la oposición entre la seducción femenina ejercida a través de la sensualidad y la “seducción” a través de la palabra divina que busca el predicador Juan: “Denise reía con toda su boca ancha de labios carnosos cuando él le predicaba sus cosas” (p. 159). Con el nuevo recorrido de **la seducción** cobra forma el rol de /femme fatale/ manifiesto en figuras como: labios carnosos, blanca, lunareja, ojos que brillaban ardientemente, así como las acciones de Denise: reía, echando la cabeza hacia atrás, alimentando el recorrido **la seducción** “ella empezó a desear que la viera cuando la estaba mirando... mientras él le hablaba de

cosas puras ella le miraba la boca” (p. 159). En esta escena y a través de las acciones anteriores se da paso al Anti-programa narrativo “la perdición” con un nuevo Sujeto operador, Denise, que busca influenciar y lograr que el predicador se enamore perdidamente de ella. Las figuras: fuego prendido, espinas de deseo, sombra incitante, refuerzan el recorrido de **la seducción**, a través del cual se consagra al personaje femenino como el elemento “disparador” de la sensualidad. A lo largo de la secuencia encontramos un número importante de referencias al personaje femenino, lo que nos hace pensar en la reiteración de la imagen de la mujer como sujeto que incita al deseo y la sensualidad:

“ Denise reía...

...una conciencia que ella no tenía

...ella empezó a desear...

***Denise** se encaprichó...*

...ella le miraba la boca.”

Esta secuencia culmina con la partida de Juan ante la amenaza que el personaje de Denise representa. En el proceso de conversión religiosa que Juan ansía llevar a cabo, éste se encuentra con un obstáculo, el deseo, ante el cual la razón y la fe necesarios para el bien espiritual se desvanecen y dan paso al impulso pasional. La huida se convierte para el personaje en la

única opción de mantenerse en el camino espiritual. En esta parte del relato los personajes asumen nuevos roles actanciales correspondientes al Anti-programa narrativo denominado “la perdición”, opuesto al Programa narrativo “la salvación”. Mientras que en el PN Juan es el sujeto operador cuyo objeto de valor es salvar almas, en el Anti-programa Juan pasa a ser el objeto de valor, Denise, el sujeto operador de este nuevo programa narrativo.

El relato prosigue con la sexta secuencia y con ella se amplía la descripción de la aldea Samaná. Recordemos como, al principio del relato, Juan compara la aldea con sitios sagrados “con resonancias de Antiguo Testamento”. Sin embargo, en esta oportunidad, la huida es el escenario para mostrar la misma aldea, ya no con la carga semántica del inicio, sino que ahora Samaná, su serranía, sus parajes y todo cuanto configura el espacio geográfico le recuerda a la mujer, a Denise, símbolo de peligro y tentación: “La belleza lujuriente del paisaje le recordaba a Denise, las arenas de la playa, blancas, acariciadas por las olas, eran como su piel, las palmeras cantaban como ella bajo la brisa y el sol que calentaba su sangre era menos ardiente que el fuego que ella había prendido...” (p. 160).

Vemos entonces como reaparece el recorrido **isla** representación del espacio, el cual se entrelaza con los atributos físicos del personaje femenino a través de la comparación que se establece entre ambos. La sensualidad de la mujer se traslada a la naturaleza, con lo que claramente se califica a la

tierra con los mismos valores que en esta parte del relato ostenta el personaje femenino. En la parte final de esta secuencia se consolida el Anti-programa narrativo y se refuerza la imagen de Denise, en su rol temático de /femme fatale/ materializado en las figuras: mujer incitante, turbia y provocadora

En la séptima secuencia el personaje de Juan asume nuevos roles entre los que están el rol de /amante/, y el de /pecador/. Juan cae en el juego de seducción llevado a cabo por el personaje femenino de Denise, y se aleja del ideal de salvar a “los morenos de la costa” de la lujuria con su mensaje religioso. Las figuras: Juan el de las Voces, e infierno celestial presentan el conflicto entre el querer-hacer y el poder-hacer. La presencia de la figura /infierno/ de connotación religiosa manifiesta una muestra de lo que se conoce como figura lexemática¹ la cual en el primer ejemplo, se refiere al sufrimiento causado por el deseo carnal; en el segundo ejemplo, “ En el infierno de Juan entró un demonio nuevo, el de los celos” (p: 162), aquel experimentado por el sentimiento de los celos. En cada uno de los casos, la figura infierno evoca el sufrimiento provocado por los sentimientos y que experimenta el personaje y el conflicto que generan. Esta diferencia se establece en el texto a partir del contexto en el que funciona la figura. El personaje de Juan no concibe compartir a la mujer de la que se ha

¹ Figura que asume diferentes connotaciones conservando el sentido de lugar de suplicio. (Diccionario Larousse, 1967: 577)

enamorado, aún a sabiendas de que es la mujer de su amigo. Así, ambos valores manifestados en la figura infierno, respaldan igualmente el programa de “la perdición”.

Se muestra entonces la imposibilidad del predicador de llevar a cabo su meta, la salvación de los isleños, pues paradójicamente él ha caído en el mismo pecado de aquellos, la lujuria. Este choque evidente entre programas nos ayuda a percibir cómo se construye el conflicto planteado en el relato y por ende, la oposición entre el PN 1 y el Anti-PN1: “Para ella, que lo buscaba ocultamente, fue un juego de niños encontrarlo el no supo qué hacer. Abrió los brazos como quién va a morir” (p. 160).

A propósitos de los nuevos roles temáticos que asume el personaje Juan, cabe señalar que, según Bueno y Blanco (1980), es posible la realización de varios roles temáticos al mismo tiempo, sin que esto modifique la coherencia narrativa. Más bien esta variedad de roles nos muestra cómo puede enriquecerse la trama a través de los diversos roles que realizan los personajes. En el caso de Juan, el cambio se relaciona con la violación de los códigos morales establecidos por el Libro Sagrado y la iglesia, los cuales, en un principio, son los patrones a seguir en su rol como /predicador/. Al mismo tiempo, el personaje de Denise en su rol de /femme fatale/ transgrede, al igual que Juan, los preceptos morales de fidelidad que, en un principio como /mujer casada/ cumple a cabalmente. De acuerdo a la

explicación de Blanco y Bueno, (1980), el relato, toma diversos matices enriqueciendo el texto con la variedad de roles actanciales y temáticos (p. 123).

La observación anterior sobre los roles sirve de base para enfatizar la importancia de las imágenes y figuras encargadas de recrear el nexo entre Denise y la isla o la tierra: “¡Ah!... sin olvidarla, sin ir hacia ella. Pero tampoco se iba de Samaná.” (p. 160). La frase, que presenta uno de los encuentros de Denise y Juan, no sólo revela el deseo, sino que enfatiza una especie de paralelismo entre “la mujer que no se puede olvidar” y “la tierra que no abandona”. No se olvida ni se deja a la mujer, ni tampoco a la tierra a la que ella pertenece. Así, Denise que es la personificación del deseo y la sensualidad se relaciona con la isla y con toda la naturaleza de la misma. Ambas, mujer y tierra ostentan el mismo poder de seducción sobre el personaje Juan.

El desarrollo y consolidación del Antiprograma se puede constatar a través de la aparición de un nuevo recorrido que va a tomar parte en las estructuras de superficie del relato. Este nuevo recorrido encargado de enriquecer los roles temáticos que desempeña el personaje es **el conflicto** y se manifiesta través de las figuras: odiándose, tormento insoportable, angustia. Esta lucha se manifiesta a través del episodio: “Al año justo, una noche de lluvia y truenos, por entre el fango del camino la fue a ver” (p. 161). La escena nos muestra cómo la acción del personaje Juan al buscar a Denise obedece a un querer-relacionarse sensualmente con Denise, lo que equivale a su perdición.

El personaje asume un nuevo rol: /condenado/ el cual se alimenta por medio de la descripción que se expone del personaje: desgraciado, fariseo.

Otro aspecto importante a destacar, es el nuevo valor que toma el nombre de la aldea “Samaná” en esta parte del relato: “... profetas y patriarcas, que moviendo desoladamente las barbas, salmodiaban con voz de anatema una sola palabra: Samaná, Samaná”. La palabra anatema que significa: maldición y excomunión, nos muestra una caracterización diferente. Ya no remite a la imagen idealizada de las antiguas escrituras con un valor positivo, sino que se transforma en condena de la aldea como un espacio de perdición, en el que se conjuga el embrujo y la seducción del lugar y de la mujer.

La octava secuencia y última del relato presenta una breve descripción del espacio físico en el que toman lugar los eventos finales: “Una tarde en que el sol incendiaba los cielos y el mar a lo lejos se vestía de púrpura, Juan se puso en pie de repente” (p. 163). Las figuras: el sol incendiaba, el mar púrpura recrean la imagen del infierno que vive el personaje de Juan y que se manifiesta a través de la intensidad de colores. La perdición del personaje principal en el infierno de la lujuria y los celos, lo conducen a su final, la muerte. Esta secuencia culmina con la intención del personaje de huir de la perdición moral en la que había caído: “Tomó uno de los libros que tanto había amado, con los cuales quiso santificar el mundo y se dirigió hacia su viejo auto fiel...a toda velocidad se fue huyendo, por el camino polvoriento hacia la playa, hacia el fuego del mar” (p. 163). Esta última figura, fuego del mar, establece la

analogía entre el espacio de las islas y el infierno, el fuego que invade los espacios caribeños de pecado y perdición. Con las palabras del libro sagrado abierto al “azar” se profundiza el desplazamiento del rol temático de /predicador/ a /condenado/, cerrando de esta forma el programa “la perdición”: “Y vi un fuerte ángel predicando en alta voz: ¡Quién es digno de abrir el libro y de desatar sus sellos? Y ninguno podía ni en el cielo ni en la tierra, abrir el libro, ni mirarlo” (p. 163). Efectivamente las palabras del Libro reafirman la fragilidad del rol de /predicador/ asumido por el personaje. Asimismo, en esta última secuencia se muestra al personaje femenino como un Sujeto del poder-hacer, capaz de transgredir los valores y principios religiosos y morales de la sociedad: “Si algún hermano tiene mujer infiel y ella consiente en habitar con él no la despida. Ella consiente, ella consiente...” (p. 164). La cita, que pertenece al episodio final del relato, coloca a Juan en el rol de víctima y a Denise como su victimario. Finalmente el relato culmina con la muerte de Juan, desenlace que se anuncia con la figura: fuego del mar y la cual se puede tomar como representación del abismo personal de Juan y su condena.

Una vez que hemos analizado los diversos elementos que conforman la estructura del cuento *Samaná*, exponemos esquemáticamente la relación que se establece entre los componentes discursivo (roles temáticos y figuras discursivas) y narrativo (roles actanciales y programas narrativos), los cuales se encargan de dar vida a la estructura superficial del relato.

Tabla 1

Programa Narrativo (PN): <i>La Salvación</i>				
PERSONAJES	ROL TEMÁTICO (figuras)		ROL ACTANCIAL	RECORRIDO FIGURATIVO
Juan	P R E D I C A D O R	Furiosamente casto Gozoso Dichoso Radiante Soñador Austero	Sujeto operador	isla población convivencia
Denise	M U J E R C A S A D A	Blanca Esquiva Fría Odiosa Esmerada Sencilla Vergonzosa Desconfiada Sumisa	Objeto (de valor)	
Población	A L D E A N O S	Ignorantes Ingenuos Pecadores Dulces Descansados Sin moral Pobres Lujuriosos Despreocupados Cantarines Morenos	Objeto (de valor)	

Tabla 2

Anti-programa Narrativo (Anti-PN): <i>La Perdición</i>				
PERSONAJES	ROL TEMÁTICO (figuras)		ROL ACTANCIAL	RECORRIDO FIGURATIVO
Juan	A M A N T E	Sacrificado Ardiente Apasionado Ciego	Objeto (de valor)	Isla
	P E C A D O R	Espurio Atormentado Mentiroso Desenfrenado Desgraciado Acabado Miserable		
Denise	F E M M E	Equívoca Amenazadora Inquietante De labios carnosos Lunareja Inconsciente	Sujeto Operador	seducción
	F A T A L E	Turbia Incitante Caprichosa Encontradiza		
				el conflicto

Las tablas 1 y 2 muestran la oposición entre el Programa Narrativo “la salvación” y el Anti-programa narrativo “la perdición”, y pone de relieve la variación de la actuación de los sujetos con respecto a los roles temáticos tanto en el PN como en el Anti-PN. Así tenemos que el Sujeto operador del querer-

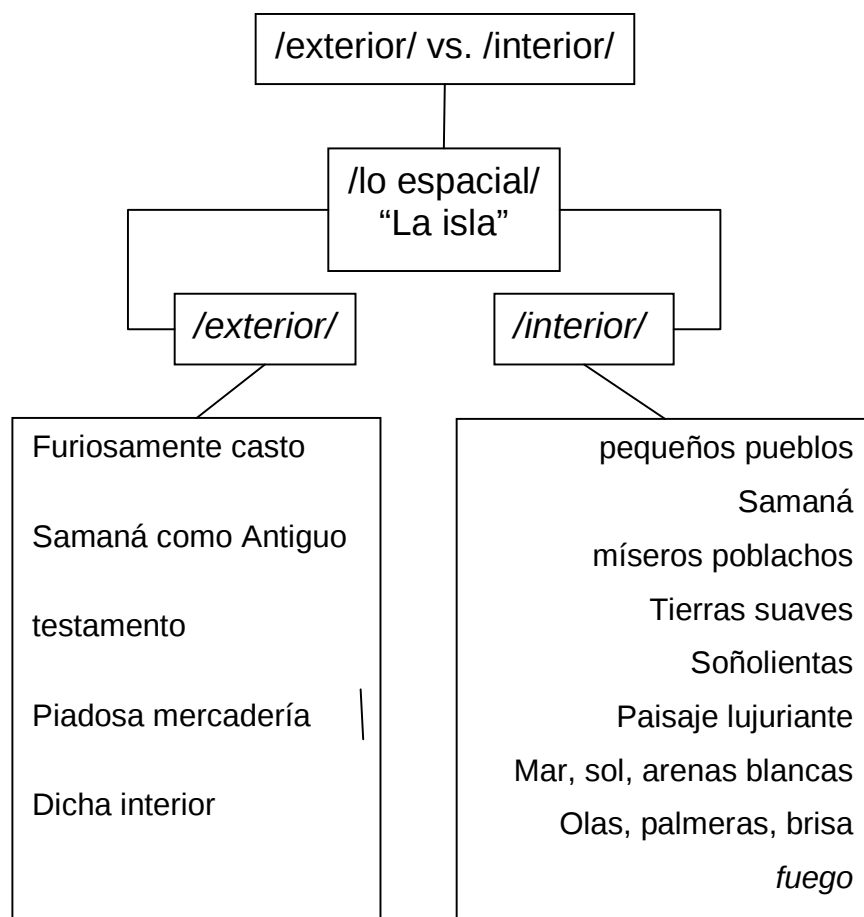
hacer (PN) no logra su objetivo de pasar de la virtualidad /querer-hacer/, a la performance /poder-hacer/, debido al surgimiento y predominio del Anti-PN.

Luego del análisis de los componentes discursivo y narrativo de *Samaná* se llega a la conclusión previa de que en el relato toman lugar dos programas narrativos denominados: “la salvación” y “la perdición”. Cada uno de ellos comprende a su vez una serie de recorridos figurativos los cuales, a través del encadenamiento de figuras logran dar forma a los programas.

Hasta este punto, hemos visto cómo los elementos de superficie que estructuran el texto son los encargados de brindar una primera impresión del mismo. No obstante, es a partir del plano profundo que tales elementos como las figuras, los diversos recorridos figurativos y las configuraciones discursivas; así como las transformaciones de la cadena narrativa organizan el juego de oposiciones gracias a la existencia de los niveles semiológico y semántico.

Recordemos que en la primera parte se introducen las redes de figuras materializadas en los recorridos y a través de las cuales se manifiestan los primeros indicios de la configuración discursiva de “lo caribeño” en el relato. Entre las figuras encontramos: **costa este de la isla, pequeños pueblos, nombre de Antiguo Testamento, cordillera, hermosa región, tierras suaves, soñolientas, Lago Tiberiades**. Asimismo, las primeras secuencias presentan el conjunto de redes figurativas referidas a

los habitantes de la isla entre las que están: **aquellos que no sabían leer, manos ingenuas, ingenuamente pecadoras, míseros poblachos**, lo que alimenta igualmente la configuración discursiva de “lo caribeño”. Desde esta perspectiva surge una primera oposición:



Surge el contraste entre el sujeto recién llegado a la aldea *furiosamente casto* y los habitantes de *los pequeños pueblos... que no sabían leer, ingenuos y pecadores*, lo que muestra la diferencia entre

aquello que proviene del espacio **exterior** a la isla -el viajero santo recién llegado- y lo que se encuentra en el **interior** representado en los aldeanos.

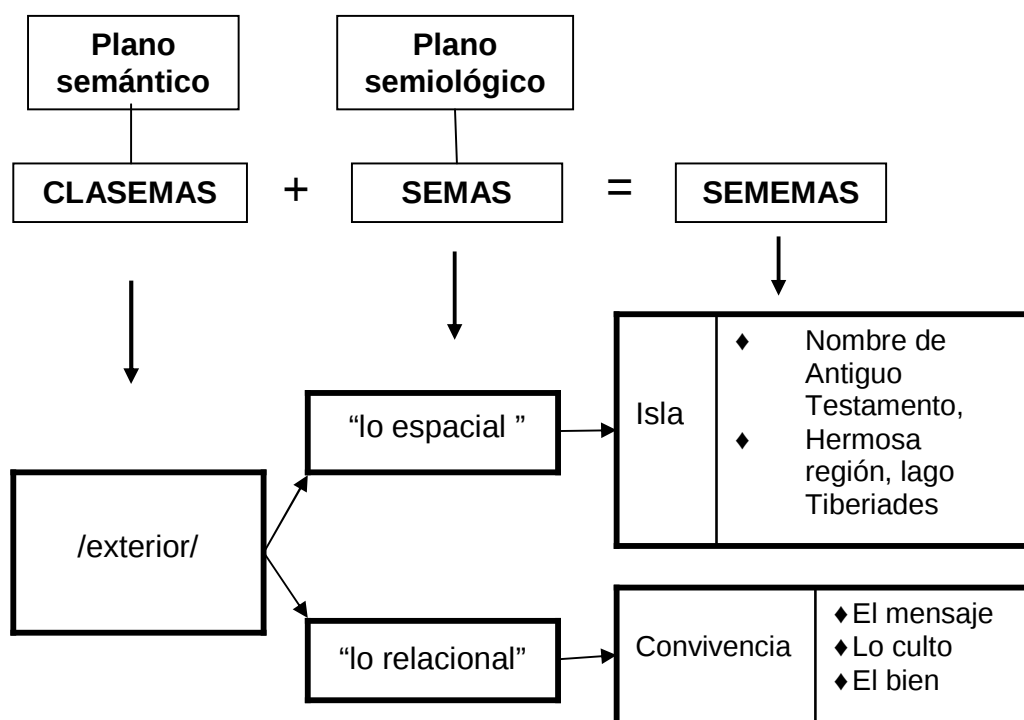
Podemos observar cómo el vendedor de Biblias santo y *furiosamente casto* se opone a *aquellos que no sabían leer, de manos ingenuamente pecadoras*. La oposición sémica: /exterior/ vs. /interior/, introduce a su vez la oposición /superior/ vs./inferior/, la cual nos recuerda la oposición entre las fuerzas que rigen los programas narrativos: la palabra divina en el PN1, el placer en el AntiPN1 (los Destinatarios: Dios y El Caribe). Las primeras secuencias dan cuenta del contraste entre lo espiritual y lo terrenal. Se busca predicar una moral nueva que encuentra oposición en la lujuria ancestral. Asimismo, el dirigirse a los simples, a los morenos expone la idea de “inferioridad” opuesta a la “superioridad” de los cultos, de los hombres blancos y santos que forman parte de la historia fabulosa. En la primera parte del relato se privilegia /lo exterior/ sobre /lo interior/, /lo espiritual/ sobre /lo terrenal/, dos matrices opuestas pero que logran complementarse en función del sentido inicial del relato.

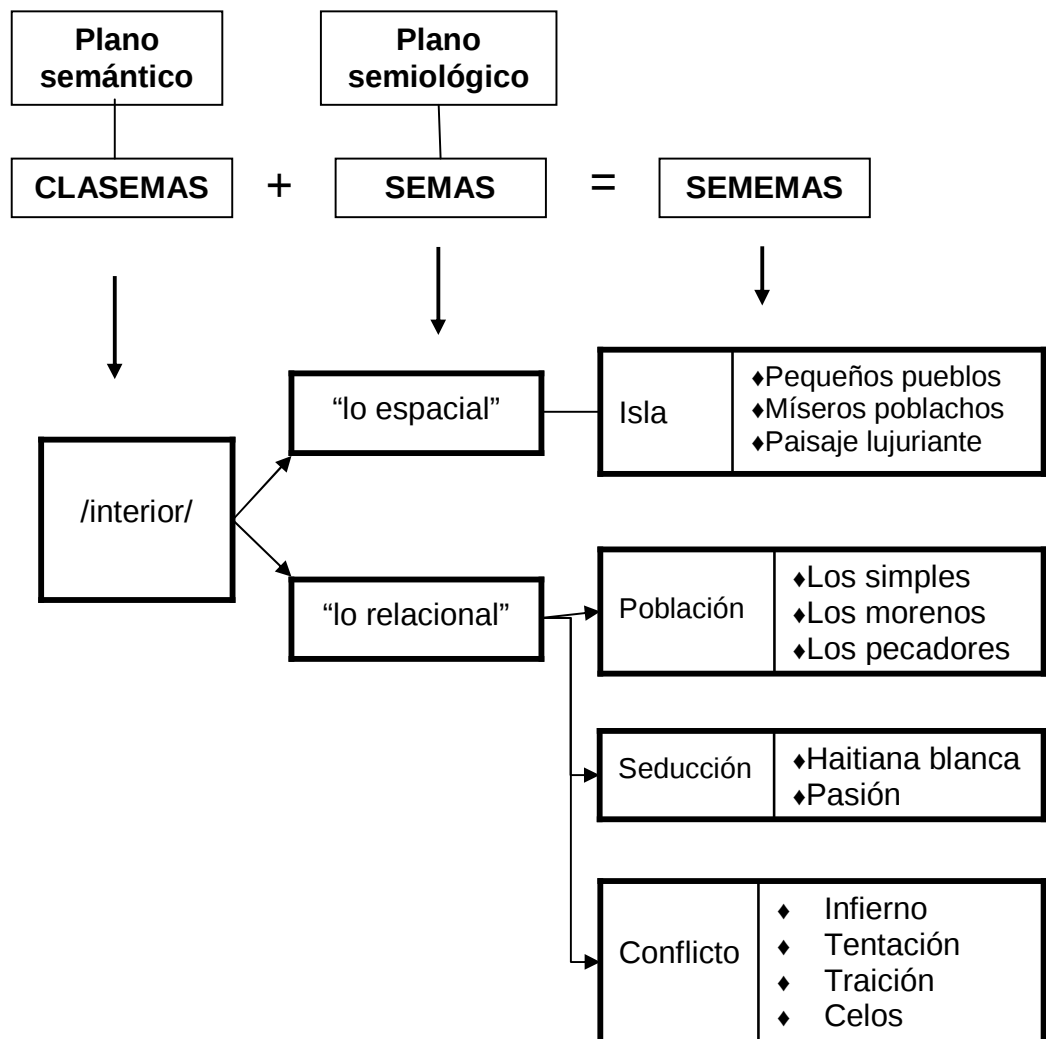
A partir de la instauración en el discurso del Anti-PN “la perdición” se da un giro al tipo de relaciones establecidas hasta ese momento en el relato. No obstante, son las oposiciones develadas: exterior vs. interior y terrenal vs. espiritual, las que continúan rigiendo

el comportamiento de los elementos tanto en el plano semántico como en el semiológico, respectivamente.

Así encontramos que la percepción inicial de la isla, recrea una tierra ideal para la salvación de almas. No obstante, la instauración del Anti-PN anula toda conversión de los habitantes y la isla mantiene su característica inicial, el ser un espacio de perdición. Observamos el predominio del AntiPN1 y con ello el desplazamiento hacia los valores que encierra la configuración de lo caribeño: la sensualidad y el placer.

La isotopía semántica **interior** vs. **exterior** es la encargada de organizar los efectos de sentidos junto a las isotopías semiológicas. Veamos entonces, la unión de dichos planos en función de los sememas presentes en los recorridos, y que en definitiva logran la organización de las estructuras superficiales del cuento sintetizadas en los siguientes cuadros:





Vemos cómo a partir de la conjugación de los planos semántico y semiológico, se organiza de forma coherente toda la red de elementos de superficie logrando la creación del sentido del relato. En síntesis, puede observarse cómo el cambio que ocurre a nivel de superficie en el sujeto del PN, Juan el predicador, quien en lugar de transformar a las almas esquivas y pecadoras con la palabra de los evangelios, cae en la tentación que pensaba combatir, corresponde, en el plano profundo, con la oposición semántica de lo interior sobre lo exterior, en otras palabras, lo representado por el espacio caribeño sobre aquello que proviene del espacio exterior.

CAPÍTULO III

ESTRUCTURAS DE SUPERFICIE Y ESTRUCTURAS PROFUNDAS DE *EL “JOVEN DE LAS BARBAS”*. ANÁLISIS

De la misma manera que emprendimos el estudio del componente discursivo y narrativo en el nivel de superficie y de la organización del sentido en el nivel profundo, a continuación daremos inicio al análisis del cuento *“El joven de las barbas”* con el fin de acercarnos a la representación del Caribe construida en dicho relato.

La historia que se presenta narra la asimilación cultural del personaje principal, Tico, un extranjero que se transforma una vez que entra en contacto con la región caribeña. Podemos dividir el relato en las siguientes secuencias:

1. Llegada de Tico y su esposa (Párrafo 1) *“Y la otra historia (...) la del
mujeres les solía dar”.joven
de otras tierras a algunas”*

“El joven de las barbas ya

2. Tico y su esposa bajo el embrujo de la *muy bronceado (...) le importaba un pito lo que dijeran de él*
3. Tico se enamora de Malabar(Párrafos 6 al 9) *“Así tuvo que pasar lo que pasó (...) A él le parecía la cosa más maravillosa del mundo casarse con una flor”*
4. Desencanto e infelicidad de Tico (Párrafos 10 al 12) *“Hasta aquí – decía el viejo Zacarías (...) La araña lo abrazaba hasta ahogarlo...”*
5. La huída (Párrafos 13 al 14) *“Un día se sorprendió a sí mismo hablando en su lengua materna (...) Tico no apareció”*
6. Felicidad de Tico (Párrafo 14) *“¿Qué se hizo? Se preguntaba la gente (...) Era pescador de oficio y vivía humilde y dichoso entre la tierra y el mar.”*

La primera secuencia se inicia con la llegada del joven a la isla. Lo foráneo es descrito a partir de las figuras: otras tierras, tierra fría. A su vez,

las figuras anteriores junto a otras tales como: ambición, elegancia, ojos llenos de luz ajena mujer foránea, trajes elegantes, perro fino, alimentan el rol temático del personaje principal masculino como /extranjero/. La descripción del espacio lejano y de aquel que proviene de otras tierras, da inicio a la configuración de “lo foráneo”. Ahora bien, la carga foránea del extranjero no se limita a los aspectos anteriores. Existe también otra parte de la condición extranjera, que el narrador se encarga de revelarnos: “pensó que iba a sacar del suelo oro, en forma de cañas verdes, de dulce de almíbar, de ardiente licor...” (p. 37). A través del verbo –pensar- que indica una acción cognitiva del extranjero se devela la percepción hacia la tierra tropical que lo acoge y de lo que espera encontrar en ella. El objetivo que el extranjero y su esposa pretenden llevar a cabo es la obtención de riqueza. No obstante, dicho objetivo se mantiene en el campo de lo virtual puesto que nunca llega a materializarse en el relato, como podrá concluirse del análisis en las páginas siguientes.

La caña, el almíbar y el aguardiente, se presentan para alimentar la descripción del espacio de **la isla** como una especie de “país de caña”, símbolo de la plantación y por ende de riqueza y del cual se derivan los dos últimos elementos: almíbar y aguardiente.

Un segundo actor se nos presenta en esta primera secuencia, la mujer del extranjero, personaje femenino que refuerza la configuración discursiva de “lo foráneo”, y el cual es descrito de manera similar al

personaje masculino con los mismos atributos de ambición y seriedad y con un mismo objetivo: riqueza material.

La mujer del extranjero es la primera en manifestar la influencia de las tierras tropicales: “La mujer no se murió, pero se volvió loca de rumba, de merengue, de ojos negros rasgados, de bigotitos finos y otras cosillas más...” (p.37). La configuración de lo caribeño se construye en esta parte del relato a través de los recorridos **la música** con las figuras: rumba, merengue y **la población** con las figuras: ojos negros rasgados, bigotitos finos y **la sensualidad** con: otras cosillas más, figura que esconde tras el diminutivo “cosillas” el elemento sexual. Todo ello alimenta la descripción del espacio, la fiesta, el baile y la “alegría” subyuga al personaje de la mujer extranjera.

En esta parte del relato **lo caribeño** comienza a presentarse como agente de transformación. El personaje femenino cae víctima de su influjo y se vuelve “loca de rumba y de merengue, bigotitos finos, ojos rasgados y otras cosillas más ”(p. 37). Se inicia el Programa narrativo “el hechizo”. El espacio caribeño asume el papel de Destinador que, a través de la sensualidad de la isla y de los hombres, hacen que el destinatario, en este caso, la mujer extranjera, caiga presa del embrujo de la isla. Esta primera secuencia expone los recorridos que estructuran tanto la configuración discursiva de “lo caribeño”, como la configuración de “lo foráneo”.

Una vez que los personajes principales del extranjero y su mujer han establecido contacto con las nuevas tierras, el placer pasa a ser el objeto de valor por el cual se comienza a ejecutar el Programa narrativo “el hechizo” con la isla como Sujeto operador en el rol temático de/ hechicera/.

La segunda secuencia introduce una serie de acciones ejecutadas por el /extranjero/: “no quiso irse”, “abandonó los trajes tropicales”, “empezó a vestirse como todo el mundo”, “se lo comió la tierra”, y muestra cómo se comienza a ejecutar el PN “el hechizo”.

Figurativamente, la transformación del personaje masculino principal se manifiesta en el aspecto físico de Tico con las figuras: barbas, muy bronceado, cara de tritón, estar como todo el mundo, etc., así como en las conductas y comportamientos a través de los cuales logra materializarse dicha transformación como: habla con dejo perezoso el español, se come las eses finales, era un empleado más, mira el reloj antes de las cinco, daba serenatas, se bañaba en ríos, comía casabe, etc.

Con las acciones anteriores, se percibe la transformación de la condición inicial del personaje masculino, es decir el extranjero ya no es más el joven empresario que busca la riqueza material en las islas, lo cual anula el programa potencial que los extranjeros pretenden materializar al principio del relato: “la ambición”. Así el personaje masculino prefiere “...sacarle el jugo a la vida y no sacar oro en cañas”. (p. 38). Tal y como

sucede con el personaje femenino de la mujer foránea, la isla logra influir sobre el personaje masculino, ejerciendo sobre éste su hechizo.

Los cambios del personaje extranjero no se limitan a nuevos hábitos y conductas. El amor introduce un nuevo elemento para integrarse completamente a la isla. Se da comienzo a la **tercera secuencia** y en la cual se introduce un tercer personaje al que, por cierto, el narrador evalúa y califica desde su presentación en el relato: “Así tuvo que pasar lo que pasó. En sus andanzas Tico conoció a una mujer un poco especial”. (p: 38). La referencia anterior aclara la condición del nuevo personaje, una mujer perteneciente a la misma tierra que acoge al extranjero. El rol temático de /mujer criolla/ que se construye con figuras como: criolla hermosa, lánguida, un poco especial, malcriada, tierna y sumisa. Recordemos que hasta este punto del relato, el extranjero, una vez que llega a la isla logra asimilar una serie de nuevos hábitos propios de la región es decir, Tico logra adaptarse a la tierra, a la gente, a sus costumbres. No obstante, la introducción en el relato de un nuevo personaje femenino, /mujer criolla/, es el punto de partida de un proceso de alteración del “equilibrio”.

Este nuevo actor femenino alimenta, en un primer momento, el PN, en el rol de adyuvante, al aumentar con sus encantos el embrujo que ejerce el espacio **isla**. Así, tenemos que las figuras: serenatas, paseos a lo largo de los arrecifes, susurros de palmeras cómplices, etc, dan inicio al

recorrido **el amor** En esta parte del relato el sentimiento por Malabar termina por romper el vínculo de Tico con su vida pasada. La esposa, que había huido ante el peligro del “hechizo” ejercido por la isla, regresa para salvar al marido. No obstante, ya el personaje del extranjero completamente “encantado” por la región no encuentra en los argumentos de su mujer ninguna validez “(...) le recordó sus días universitarios, el trabajo para obtener su título, la joven promesa que era él en la compañía, su porvenir de triunfador seguro, el oro dormido en las Vegas, las acciones (...)” (p. 39). Todas las figuras anteriores marcan la llegada de los personajes a la isla, al inicio del relato y su deseo de amasar riqueza. El Objeto de valor ha cambiado. El personaje de Tico pierde interés por la riqueza material, y, a diferencia de su mujer que considera la tierra como “aquella oscura isla embrujada”, afirma que “no es oscura, sino clara, clara! No es embrujada sino mágica...” (p. 39).

Así, el personaje masculino termina no solamente seducido por la tierra “...esas islas para devorar...” (p. 38), sino que también termina atado emocionalmente a Malabar, que es parte de esa tierra. Este hecho enfatiza la asimilación del extranjero al espacio de la isla. En el relato se establece un paralelismo entre la mujer y la tierra a través del poder que ambas ejercen sobre el personaje masculino principal. Por un lado, la tierra “devora” al hombre extranjero, a través de la influencia sociocultural que logra cambiar sus hábitos, costumbres; y, por el otro, tenemos a la

mujer que logra “encadenar” al mismo hombre, a través del amor, inicialmente. .

La mujer criolla es comparada con un malabar o gardenia, flor de aroma intenso y penetrante lo que evidencia el poder de atracción de esta mujer que logra “perder” a Tico: “*Tico fue libre, y la gardenia lo encadenó*” (p.39). Este enunciado presenta un doble valor en el relato: expresa la atadura del personaje masculino a la mujer por el sentimiento que lo embarga, y el poder que ejerce el personaje femenino sobre él, lo que permite introducir en el relato un nuevo programa narrativo, cuyo sujeto operador es Malabar. En el nuevo programa se establece un nuevo objeto de valor: lo material. La mujer busca y logra “atrapar una presa” y no un amor. De esta manera, hay un cambio de roles que da paso a un nuevo rol temático. Contrasta el rol de mujer enamorada: tierna, lánguida, por el de /mujer dominante/ con los atributos: voluntariosa e imperativa, y con ello el surgimiento en el relato del nuevo programa narrativo.

En la cuarta secuencia se presenta una nueva etapa dentro del relato en que las transformaciones de los personajes Tico y la mujer criolla son los aspectos más importantes. En esta secuencia la figura del narrador cobra especial importancia: “Hasta aquí – decía el viejo Zacarías, alisándose las greñas rizosas – el caso no tiene nada de particular” (p. 39). El narrador personificado en Zacarías no sólo evalúa, como lo viene haciendo desde hace algunas secuencias anteriores, sino

que se sitúa como parte del colectivo con el enunciado: “Eso de que ellos se vuelvan como nosotros suele pasar...” (p. 39). Este narrador personificado en la figura de Zacarías, le da la palabra al mar: “Oye como sigue la historia, óyesela al mar... El mar bramaba ronco, y el viejo lo dejaba hablar” (p. 39). El espacio se humaniza y con ello se refuerza el valor del Sujeto operador del PN “el hechizo”; la isla y el mar son uno y ostentan su poder e influencia sobre los personajes.

Por otro lado, en la misma secuencia se presenta un nuevo recorrido de nombre **la avaricia** materializado en las figuras: casa grande, amigos influyentes y en las acciones: conocer gente extranjera, viajar, tener, entre otras. La mujer criolla se insinúa tierna y provocativa en función del Anti-Programa narrativo “la riqueza material” que ejecuta a través del rol de /Malabar/ con la “ambición férrea que se ocultaba tras el rostro de flor...los caprichos de niña mimada se fueron convirtiendo en frías exigencias de mujer y Tico accedía a todo...” (p. 40). Así, la influencia del personaje femenino /Malabar/ es tan fuerte que Tico vuelve a asumir sus sueños de ambición. El rol de Tico como /hombre de éxito/encuentra en esta parte del relato el sustento en las figuras: éxito, triunfador, compañía, ambición férrea, barbas rasuradas, ojos de duro brillo metálico, buscador de oro, depredado, hombre de empresa. Así, de forma temporal, el objeto riqueza se materializa en el relato con el personaje de Tico como sujeto que alcanza logros materiales.

La quinta secuencia el personaje de Tico comienza a manifestar su insatisfacción ante este giro que ha tomado su vida. El cambio de objeto de valor, el disfrute por la riqueza material, no produce satisfacción en el personaje y emerge del relato la imagen de un Tico infeliz, caracterizada a través de figuras como: temor, pesadillas. La imagen del personaje femenino en esta parte del relato se transforma y pasa de la flor embriagante que había seducido con sus encantos al joven, a ser una araña blanca que aparece en sus pesadillas, originándose un nuevo recorrido de nombre **la infelicidad** el cual se concreta en las figuras: caprichos, exigencias, temor envidia, pesadillas: “ la araña lo abrazaba sobre un montón de oro mullido como un lecho de amor ” (p. 40).

En la sexta secuencia se consolida de la imagen del personaje femenino como peligro a través de las figuras: araña blanca, monstruosamente suave y devorante. La insatisfacción del personaje también se manifiesta en las figuras: hablando en su lengua materna, infancia remota, cuanto le rodeaba era ajeno, enemigo, hostil. Sin embargo, en esta secuencia, la recuperación de esa armonía perdida con el entorno caribeño va a tener como elemento de conexión al mar: “sólo oía la voz monótona y acariciante del mar” (p. 40). Ese mar que en dos secuencias anteriores se personifica, es el mismo que logra restablecer la armonía entre Tico y la tierra contrarrestándose de esta manera, el paralelismo creado en el relato entre la mujer y la tierra. A propósito de la

presencia del mar en el relato, hemos percibido cómo dicho elemento pasa de ser un factor configurador del espacio del relato, a la categoría de personaje casi “humanizado” el cual observa, evalúa y hasta se convierte en cómplice del personaje extranjero. Pero lo más relevante de este mar humanizado es el rol de narrador, recurso ingenioso que logra relatar al Caribe a través del elemento identificador de la región por excelencia: el mar.

Finalmente en esta última secuencia se observa el desplazamiento de roles. El personaje del extranjero al abandonar a /Malabar/ reasume su condición de extranjero asimilado, enamorado de isla. Esto significa el dominio del programa narrativo “el hechizo”. Por otro lado, en esta secuencia se presenta la última escena del relato: *“Nadie supo más de él. Nadie sino el mar.”* (p. 40). Así, sólo el mar conoce el paradero de Tico, y la nueva condición de éste en un último recorrido denominado **la felicidad** materializado en las figuras: barbas, tritón gozoso, los ojos llenos de luz verde, vieja guitarra, “Era pescador de oficio y vivía humilde y dichoso entre la tierra y el mar” (p. 41).

Al igual que se llevó a cabo con el primer relato, en esta oportunidad nos disponemos a mostrar la relación, por orden de aparición y frecuencia en el texto, de los elementos del componente discursivo y del narrativo a fin de cotejarlos y mostrar cómo se entrelazan ambos componentes en función del sentido del texto como un todo significativo.

Tabla 3

Programa Narrativo (PN): <i>El hechizo</i>				
PERSONAJES	ROL TEMÁTICO		ROL ACTANCIAL	RECORRIDO FIGURATIVO
Isla	H E C H I C E R A	Mágica Obscura Embrujada Devoradora	DESTINADOR Y SUJETO OPERADOR	Isla La música población amor La felicidad
Mujer foránea	E X T R A N J E R A	Loca Alegre	DESTINATARIO	
Joven (Tico)	E X T R A N J E R O	Bronceado Barbudo Liberado Ojos de verde terrácola. Ardiente Festivo	DESTINATARIO	
Mujer Criolla	M A L A B A R	Hermosa Especial Tierna Sumisa	ADYUVANTE	
OBJETO = PLACER DE VIVIR				

Tabla 4

Anti-programa Narrativo (Anti-PN): <i>La riqueza material</i>				
PERSONAJES	ROL TEMÁTICO		ROL ACTANCIAL	RECORRIDO FIGURATIVO
Mujer criolla	M A L A B A R	caprichosa exigente araña blanca monstruosa devorante	DESTINADOR	La población Amor
Tico	H O M B R E É X I T O	Empresario exitoso Hombre importante Perdido Dominado Ojos de brillo metálico Infeliz	Sujeto operador	Avaricia Infelicidad
OBJETO = RIQUEZA MATERIAL				

En las tablas 3 y 4 se revela la oposición que se establece entre los programas narrativos “el hechizo” y “la riqueza material”.

El análisis de superficie revela la existencia de dos Programas narrativos que se oponen. Dichos Programas se sustentan en los diversos recorridos en cuyo interior yacen las redes de figuras, las cuales logran organizar dos configuraciones discursivas que giran en torno a **lo foráneo** y **lo caribeño**. A partir de lo anterior es posible discriminar los semas que determinan el significado en el plano profundo, tal y como lo asevera Fernández, (1990, p. 129).

Para adentrarnos en la estructura profunda del texto podemos observar los recorridos figurativos encargados de armar la configuración discursiva de “lo caribeño” con figuras referidas al espacio, a la población, a las costumbres y hábitos de los habitantes , opuestas a la configuración de “lo foráneo” que se estructura a partir de figuras referidas a la tierra extranjera. Las configuraciones anteriores parten de la oposición semántica exterior vs. interior. De esta manera, esta oposición es la encargada de regir la presencia y relación de los elementos del nivel de superficie.

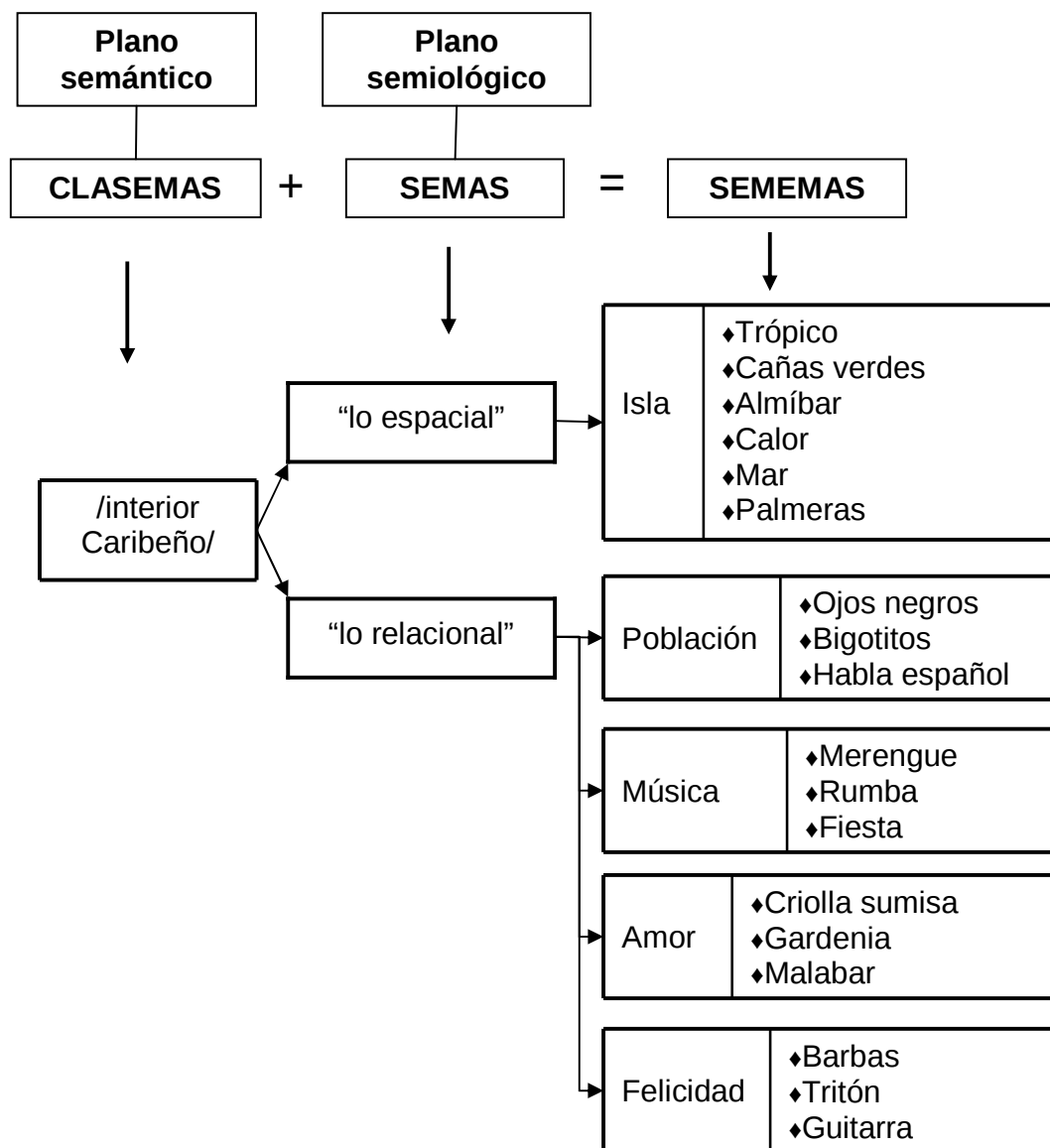
Podemos observar cómo la oposición exterior/interior, a semejanza del cuento *Samaná* vuelve a manifestarse en este relato. La ambición es representada al inicio del cuento por el extranjero que viene a las islas en búsqueda de riqueza. Los recorridos figurativos relacionados con la

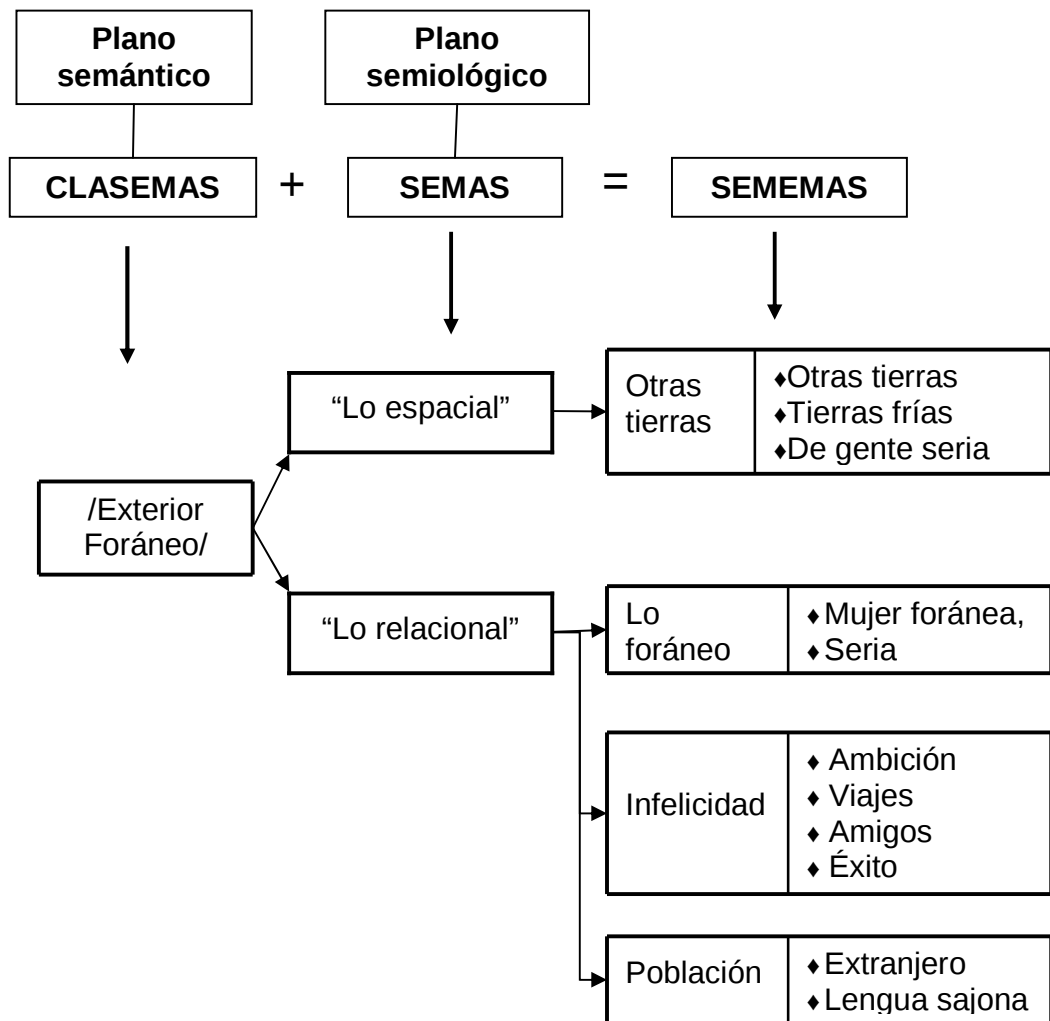
descripción de los personajes de Tico y su esposa, así lo demuestran. En contraste, la descripción del espacio caribeño y sus habitantes gira en torno al disfrute de la vida, sin ataduras materiales. El predominio de los valores que encierra el espacio interior persisten. Lo caribeño representa el vivir la vida sin preocupaciones, en contacto con la naturaleza sin la carga de los valores materiales, de acuerdo a la construcción de sentido en el texto.

La transformación del personaje principal, Tico, el extranjero que venía con el deseo de oro en forma de cañas, revela, en este relato, la imposibilidad de realizar su meta, al entrar en contacto con el espacio y los habitantes de las islas. El espacio interior ejerce su embrujo sobre aquel que llega de tierras lejanas. El PN de la ambición, inclusive aquel que nace impulsado por el deseo hacia Malabar, la mujer flor del Caribe, no logra imponerse sobre el influjo que ejerce el espacio insular. Los recorridos de la música, la felicidad, en el plano semiológico, representado en las figuras de merengue, rumba y fiesta, y tritón gozoso que toca la guitarra, muestran el predominio del programa narrativo, el hechizo, en el nivel de superficie. En síntesis, se puede observar el juego de relaciones que se establecen en el nivel profundo, a partir del juego de oposiciones en el plano semántico.

Vemos entonces, como a lo largo del relato se establecen las isotopías semiológicas encargadas de armar, junto con las isotopías semánticas, la estructura profunda en la que se teje el sentido del relato. A continuación, mostramos cómo se establece la relación entre las isotopías semiológicas y

las isotopías semánticas expuestas en el relato, a través del siguiente esquema: /exterior/ vs. /interior/





Lo caribeño se impone sobre lo foráneo, oposición que puede ser considerada como eje principal del relato, dada la recurrencia de la misma desde el principio del relato, en función del sentido del cuento.

CAPÍTULO IV

LAS REPRESENTACIONES DEL CARIBE

El análisis semiótico llevado a cabo en cada uno de los textos da cuenta de los procesos de significación y construcción del sentido. A lo largo del análisis hemos podido observar cómo cobraba forma la representación del Caribe a partir de lo que en el análisis semiótico recibe el nombre de configuración discursiva. Esta configuración ha cobrado forma a través de los diferentes recorridos que van estructurando la descripción de la isla, los habitantes. Lo caribeño emerge de los relatos a partir del conjunto de recorridos figurativos en el nivel de superficie determinados en el nivel profundo, por el juego de oposiciones que permite observar el valor que ha ido adquiriendo la representación en cada uno de los relatos. A semejanza de un lienzo, la “imagen” o el “retrato” de lo caribeño se enfoca en cuatro aspectos principales que son:

- ❖ El espacio
- ❖ El colectivo
- ❖ La mujer
- ❖ El otro

4.1. La representación del espacio

Para dar forma a la representación del espacio tanto en el relato *Samaná* como en *El joven de las barbas*, encontramos el espacio geográfico de la isla como el escenario principal donde se desarrollan las dos historias. En el primer cuento *Samaná*, el espacio y sus habitantes va a estar presentado en el cuento de manera conjunta. Los poblados y sus habitantes, presentados en el texto como “miseros poblachos” y “gente ingenua y pecadora” se conjugan a su vez con los aspectos geográficos entre los que destacan la cercanía de la cordillera a la costa, y el mar como uno de los elementos principales configurador de todo el espacio. Lo telúrico en *Samaná* no se presenta desligado de los habitantes. Así, la descripción introductoria de ambos elementos se encierra en las palabras “hermosa región”, frase que revela la visión del predicador acerca del lugar escogido para su misión.

En *El joven de las barbas*, el personaje del extranjero junto a su familia, en su afán por encontrar riquezas, trae también consigo una serie de ideas sobre el espacio que lo acoge, las cuales se revelan en el texto a través de la descripción de lo geográfico: el mar, la verde vegetación, los frutos y derivados de esa vegetación como la caña y el aguardiente. Se presenta también la población como gente de rumba, de merengue, en contraposición con los extranjeros serios y fríos.

Así vemos cómo el espacio en ambos relatos se presenta íntimamente ligado a los habitantes. Se puede decir que el perfil que se traza en el primer relato del espacio, parte precisamente del perfil de los individuos que forman parte del mismo. Samaná es descrita como un espacio caracterizado por la ingenuidad y la inocencia de sus pobladores, que ni siquiera se dan cuenta de cómo se van llenando de hijos. Estos atributos encargados de calificar el colectivo terminan por establecer un perfil del espacio que en *Samaná* se presenta propicio para el objetivo de salvación, pues la descripción enfatiza la imagen del caribeño como un ser llevado por los instintos. La imagen de tierra de sensualidad se impone sobre la de tierra de ingenuidad para profundizar en la imagen de la perdición.

En *El joven de las barbas*, se presenta el espacio como lugar idóneo para la obtención de riquezas. Esta imagen de riqueza con la que se describe a la isla caribeña toma forma a partir de algunos elementos físicos del espacio caribeño como la vegetación, particularmente la caña verde junto con sus derivados de almíbar y licor, pues son, en el relato, elementos representativos de la supuesta riqueza de la isla. Esta idea de riqueza se materializa en el cuento a través de la figura oro en forma de cañas, lo cual dibuja al Caribe como la tierra de bonanza y oportunidades. Tal como se menciona en el marco teórico de este trabajo, la conquista trae consigo la creación de un sistema económico basado en la plantación de caña, lo que trae como consecuencia el nacimiento de la imagen de la caña o “el oro

blanco” como símbolo de fortuna, tal y como lo señala Galeano (1971, pp. 75, 83), y a partir de lo cual El Caribe comienza a conocerse como *Sugar Islands*, imagen perdurable tanto en el imaginario caribeño como en el del extranjero.

En el relato dicha imagen parte de la percepción extranjera del personaje principal. No obstante, la percepción del espacio cambia, al personaje entrar en contacto con el espacio caribeño y sus costumbres. Recordemos que el extranjero queda hechizado por el espacio y se asimila a éste adoptando nuevos modos y comportamientos propios del espacio insular.

La imagen de las islas caribeñas en ambos relatos es la recreación de una totalidad espacial que posee una fuerza especial que logra ejercer un poderoso influjo sobre los personajes hasta el punto de cambiar la cadena narrativa de sucesos y, por ende, la dirección de las historias.

4.2. La representación del colectivo

Otro de los aspectos importante es la representación del colectivo caribeño y que hemos visto en estrecha relación con la representación del espacio natural.

Desde el nivel de superficie es posible percibir los indicios encargados de esbozar los retratos del colectivo en ambos relatos. Así, tenemos tanto en *Samaná* como en *El joven de las barbas* la diferencia que se construye entre “los que llegan” a las islas y “los propios de las islas”. Dicha diferencia comienza a tomar lugar con la oposición espacial exterior vs. interior. En el primer relato encontramos calificativos como: furiosamente casto **cuando llegó**, referido al predicador y en oposición a: **pequeños, míseros poblachos, aquellos que no sabían leer, ingenuos, pecadores**, entre otras referidas a los pobladores de la región. Dichos atributos establecen una diferencia entre una supuesta espiritualidad de parte del predicador equivalente a su vez, al bien, y una supuesta condición pecadora e ingenua preexistente en los pobladores, lo que equivale a la existencia del mal en éstos últimos. Otra imagen encargada de dar forma al colectivo en el primer relato es aquella en la que se hace referencia al componente étnico con la figura: morenos de la costa apoyada en los calificativos: fascinados, con la boca abierta. Tales espectadores se oponen al cuento de ángeles, amos blancos y santos, lo cual nos da la evidencia de quiénes son los espectadores, los que escuchan, los que siguen la historia- los morenos con la boca abierta- y quiénes los que toman parte en la historia fantástica – los blancos – encarnados por ángeles y santos, estableciéndose de ésta manera la idea de lo espiritual y lo superior de los blancos en oposición a la ingenuidad y credulidad del colectivo moreno.

En el segundo relato, encontramos una estructuración similar a la del primer cuento con el fin de recrear al colectivo caribeño. Así, encontramos la ya conocida oposición exterior vs. interior que organiza en el plano semántico los elementos de superficie. Dicha oposición se materializa en figuras tales como: joven extranjero, luz ajena, mujer foránea, gente fría, en contraposición con: ojos negros, rasgados, bigoticos, entre otras, estableciéndose de esta forma la distinción entre los que llegan y los que son de la isla. Asimismo, encontramos que en *El joven de las barbas* se establece una marcada diferencia entre el extranjero serio, ambicioso, profesional, y el colectivo rumbero, alegre, etc. imágenes manifestadas en las figuras /rumbas, merengue/, /un empleado más/, entre otras. Sin embargo, a diferencia del primer relato en el que el personaje masculino principal se “pierde” en la influencia sensual de la mujer y la tierra, en el segundo relato el personaje extranjero pasa a formar parte de ese colectivo y de la tierra en sí, adoptando los hábitos socio-culturales propios de la región como: /baile/, /canto/, /guitarra/, /casabe/, /ríos/, entre otros.

En ambos relatos se percibe cómo toma fuerza la representación estereotipada del colectivo, la cual encuentra en las palabras de Briceño Guerrero (1993) una acertada interpretación: “Bochinche, bochinche, este pueblo no sabe hacer sino bochinche. Aquí no se puede hacer nada serio porque a la gente le falta disciplina...” (p. 214).

4.3. La representación de la mujer

Para recrear el tercer aspecto, la figura de la mujer en los cuentos se destaca el hacer de los personajes femeninos de ambos relatos y se establece la analogía entre la seducción femenina y el influjo que ejerce el ambiente de la isla.

Así, tenemos que en el cuento titulado *Samaná*, es una mujer haitiana blanca “como las arenas de la playa”, la encargada de anular el programa de la salvación emprendido por el predicador que llega a la isla. El encuentro del predicador con el personaje femenino propicia un cambio radical en las acciones del personaje y su percepción sobre el entorno.

La descripción del personaje de Denise pasa de ser una esposa sumisa a convertirse en una mujer seductora que, con sus encantos físicos y su seducción, conducen al personaje de Juan a la perdición. Las diferentes figuras que alimentan el rol de *femme fatale* retoman y reafirman simultáneamente la imagen inicial de “aquellos míseros poblachos llenos de canciones y de despreocupada lujuria ancestral “(p. 156) con lo cual se enfatiza esa inclinación de los habitantes de la isla a los placeres físicos en lugar del trabajo y los valores espirituales. El personaje de Denise es la encarnación de toda esa sensualidad que hallamos igualmente en la descripción del espacio cuando se establece el paralelismo entre el personaje y la belleza del paisaje, lo que contribuye a enfatizar el embrujo

que el espacio y su gente ejerce sobre aquellos que llegan a la isla, estableciéndose la diferencia entre el mundo exterior y el mundo interior al espacio insular. Mujer y tierra conforman los dos agentes principales de la perdición.

La misma oposición se presenta en el segundo relato analizado. Así, vemos cómo en *El joven de las barbas* el personaje de Malabar se dibuja como un ser ávido de riquezas, el cual se vale de artimañas amorosas para lograr su cometido. La belleza y la seducción del personaje, su semejanza con la flor “tan blanca y suave” (p. 39), son los atributos que terminan por atar al joven extranjero a la isla, atracción que el personaje femenino aprovechará en su propio beneficio. Si bien en el relato, la seducción ejercida por el personaje femenino está en función ascender en la escala social, como se observa en la segunda parte del cuento, no por ello deja de tener un papel semejante al analizado en *Samaná*. La figura de la mujer cobra un papel importante al influir en los personajes masculinos y atarlos al espacio insular mediante su belleza y atracción. Sin embargo, y a diferencia del primer relato, en éste los valores negativos desde donde se recrea a la mujer, no se trasladan al espacio caribeño.

Vemos entonces cómo se privilegian ciertas imágenes para describir a la mujer en ambos relatos. Particularmente, el retrato de la mujer caribeña enfatiza su capacidad de embrujo y de seducción, a semejanza del poder

ejercido por el ambiente natural de las islas y por ello el constante paralelismo entre la mujer y lo telúrico a lo largo de los textos.

4.4. La representación del Otro. El extranjero.

Finalmente, la última representación construida en los relatos de Gloria Stolk y develada a través de este trabajo de investigación está relacionada con la imagen del otro, entendido éste como “el ajeno” al Caribe recreado en los cuentos.

Tal y como se ha venido señalando desde líneas anteriores, es la oposición exterior vs. interior, la encargada de regir los diversos efectos de sentido lo que permite dibujar en cada uno de los relatos la oposición entre el extranjero que llega a la isla –Juan, el predicador ,y Tico, el empresario- y aquellos que la habitan.

Así, tenemos en el relato *Samaná* la llegada de un predicador que viene con la Buena Nueva y la salvación como meta. Su condición de portador de la palabra divina introduce la idea de búsqueda y al mismo tiempo de renovación, de alguien que viene a brindar nuevos conocimientos, especialmente se crea el contraste entre el saber y la espiritualidad del que viene de afuera y la ignorancia y lujuria de los habitantes de la isla. La idea de algo renovador es recibida con agrado en la isla, aunque no se

comprenda con claridad: “...lograba el milagro de que se la comprasen aquellos que no sabían leer (...) la gente admiraba esta fe contagiosa y le quería” (p. 155). La idea de cambio que proviene del exterior, en este caso en la figura de Juan y su prédica retoma la vieja imagen de civilización y barbarie: la civilización representada por la palabra del evangelio y el rescate de las almas perdidas, los habitantes sumidos en el pecado de la carne.

De la misma forma, en el relato *El joven de las barbas*, encontramos un extranjero quien llega con su familia y con la meta de obtener riqueza. Puede observarse cómo en el cuento se construye el nexo entre la idea de progreso material y lo extranjero. Lo extranjero toma una gran importancia. “El que llega” trae consigo la ambición, el querer trabajar y explotar la riqueza del lugar, aspecto que contrasta con la descripción de los lugareños que se dedican a disfrutar de la vida.

La representación de ese otro que llega a la isla –presente en ambos relatos–destaca, como ha podido observarse, la oposición exterior/interior, lo foráneo y lo caribeño.

Otro aspecto a destacar en esta representación es la vulnerabilidad de ese otro recién llegado, frente a la región y frente a todo lo que la conforma. Los personajes del predicador y los extranjeros, sucumben en sus propósitos una vez que entran en contacto con el espacio caribeño representado en los relatos de Gloria Stolk. El predicador termina víctima de

la pasión amorosa; y Tico abandona sus sueños de riqueza. El predicador santo termina por ser un hombre pecador, y el extranjero, un joven empresario prometedor, pasa a convertirse en un pescador humilde, tritón gozoso.

Los cambios que sufren los personajes masculinos a partir de su llegada a las islas y su convivencia con los habitantes corrobora la imagen del espacio geográfico como agente provocador de cambios. Ningún ser ajeno que establezca contacto con dicho espacio puede escapar de la influencia inexplicable que puede ejercer el entorno. De ahí que se tome como acertada la referencia de Briceño Guerrero (1993), cuando expresa: “Si el visitante europeo fija residencia en nuestra América, comienza a ver y a sentir un algo extraño, inesperado, indefinible...” (p. 221). Todo lo que acontece entorno a ese individuo ajeno al Caribe, de alguna manera revela no sólo la imagen de ese “otro”, el extranjero, también y por contraste, la imagen del individuo caribeño recreado en los relatos. Así, encontramos en *Samaná* un predicador furiosamente casto en contraposición con individuos pecadores; o en *El joven de las barbas*, el extranjero brillante y exitoso que llega para “recordar” de alguna manera la falta de ambición del individuo caribeño recreado en el cuento que simplemente se entrega a la rutina de la fiesta y a la vida banal.

El “otro” es, en los relatos de Gloria Stolk, una imagen que termina por servir de espejo, para mirar y reconocer en la ficción las

representaciones del Caribe a partir del contraste entre lo propio y lo extranjero.

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES

Los procesos de significación y construcción del sentido que hemos estudiado a través del análisis semiótico llevado a cabo en los cuentos de Gloria Stolk, nos ha permitido acercarnos a la representación del Caribe en los relatos, en la cual se manifiestan discursos y visiones de origen histórico-culturales que convocan una serie de juicios de valor aceptados y perpetuados a lo largo del tiempo, y que esbozan en este trabajo, a manera de un lienzo, un retrato de la región caribeña.

En síntesis, el espacio caribeño ha sido representado en los relatos con un poder inexplicable capaz de transformar el destino de los hombres. La tierra caribeña es recreada como un ente poseedor de una fuerza misteriosa y destructora. La descripción del colectivo, la mujer y el extranjero, por su parte, presenta una línea divisoria entre los que llegan y los que pertenecen al espacio insular. Como afirma en su libro El laberinto de los tres minotauros el pensador venezolano Briceño Guerrero (1993), con la frase: “el mirador, el mirado y la mirada en el mirar”, (p. 219), el individuo al hablar y referirse al otro, de alguna manera se refiere a sus visiones y perspectivas sobre ese otro y sobre sí mismo. En los relatos *Samaná* y *El*

joven de las barbas, la recreación del otro que se materializa a través de los personajes del hombre santo o el predicador que llega a la aldea de Samaná, así como el extranjero Tico que llega a la isla a encontrar riqueza, devela por una parte, la visión en la que se destacan ciertos juicios de valor sobre los otros y, al mismo tiempo, sobre él mismo, en este caso, los caribeños.

Vemos entonces, en concordancia con los rasgos distintivos expuestos por Lulú Giménez, cómo tanto el proceso de colonización que se inicia con la devastación de las poblaciones aborígenes y de sus culturas, como el proceso de deculturación sufrido por las poblaciones africanas obligadas a abandonar su cultura e “integrarse” a una nueva, sirven ciertamente como bases fundamentales del origen de las visiones e imágenes develadas en este trabajo:

porque si bien es cierto que el caribeño no es un “europeo negro” también lo es el hecho de que la referencia europea sigue perteneciéndole, porque está implicada en la concepción del mundo – Weltanschauung – a través del cual el caribeño se mira a sí mismo y percibe a otros. (Giménez, 1991:150).

Se recrea al otro a imagen de aquellos que vinieron a la región con los ojos llenos de riqueza y los discursos de la fe cristiana. Al mismo tiempo, se caracteriza a los isleños a semejanza de los primeros pobladores, con los mismos rasgos opuestos de ingenuidad y lujuria, con que se describió al habitante de estas tierras por siglos. Ambos, el caribeño y el extranjero, han

sido representados siguiendo las imágenes, en cierta forma estereotipadas, con las que se describe la región y sus habitantes, pero también al extranjero que llega a estas tierras.

Finalmente, este trabajo nos ha brindado la oportunidad de mostrar la utilidad de la teoría semiótica en función de una mejor comprensión de los mundos representados en literatura. A través de los postulados semióticos es posible entrar en contacto con los procesos de producción de sentido, evitando de esta manera caer en meras observaciones impresionistas.

El estudio de la representación del Caribe en los cuentos de Gloria Stolk, nos ha permitido el acercamiento a una parte de la obra de la escritora venezolana, y con ello corroborar la importancia y el papel de la literatura como uno de los vehículos más importantes en la construcción del imaginario de un pueblo o sociedad, en este caso, las imágenes sobre una región llamada Caribe.

BIBLIOGRAFÍA

1. Artículos en publicaciones periódicas

AGUILERA, R. (2000, enero). Caribe: con el baile en la sangre. (N° 156) Geo, pp.72-75.

BOADAS, A. (1989, abril-junio). Identidad cultural caribeña y Latinoamericana a través de la literatura. (V.7, N° 26). Tierra Firme, pp.140-149.

BOADAS, A. (1996). Función ideológica del cuento en la literatura del Caribe francófono. Núcleo, 13, 27.

FRANCO, I. (2001, mayo 27). El Caribe sabe mejor al más rico son de la bachata. El Nacional, p.12-f.

GAZTAMBIDE, A. (1996). Las definiciones del Caribe como problema histórico y metodológico. (N° 1). Revista mexicana del Caribe, p.75-92.

JAMES, J. (1992). El Caribe entre el ser y el definir. Del Caribe, (N° 19), p.12-13.

TOLENTINO, H. (1979). Algunos aspectos del contexto histórico de las culturas caribeñas. Casa de las Américas. (N° 114), pp. 38-40).

2. Libros

BANSART, A. (1989). El Caribe: Identidad cultural y desarrollo. Caracas: Equinoccio, Editorial USB.

BERIAIN, J. (1990). Representaciones colectivas y proyecto de modernidad. Barcelona: Editorial Anthropos.

BLANCO, D y BUENO, R. (1980). Metodología para un análisis semiótico. Perú: Universidad de Lima.

BRICEÑO, G, J. (1994). El laberinto de los tres minotauros. Caracas: Monte Avila Editores.

COROMINAS, J, Rivas, J. (1992). Identidad y pensamiento latinoamericano. Cuaderno editado por la Universidad de Centroamérica

EL NACIONAL. (1999). Manual de Estilo. Caracas: Publicidad Gráfica León.

GALEANO, E. (1971). Las venas abiertas de América Latina. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

GARCÍA BARRIENTOS, J. (1999). La comunicación literaria. Madrid: Arco libros.

GIMÉNEZ, L. (1991). El Caribe y América Latina. Caracas: Monte Avila Editores.

GREIMAS, A. (1966). Semántica estructural. Madrid: Editorial Gredos.

JÁCOME, F. (1993). Diversidad cultural y tensión regional. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

MATO, D. (1993). Diversidad cultural y construcción de identidades. Caracas: Ediciones Faces-UCV.

MAZZARA, B. (1998). Estereotipos y prejuicios. Madrid: Editorial Acento.

MOREIRO, J. (1996). Como leer textos literarios. Madrid: Editorial Edaf..

RODRIGUEZ, O. (1991). Etnias, imperios y antropología. Caracas: Ediciones Faces-UCV.

TODOROV, T. (1987). La conquista de América. El problema del otro. México: Siglo Veintiuno editores.

3. Documentos y reportes técnicos.

ARIAS, F. G, (1999) El proyecto de investigación. Caracas: Editorial Episteme.

Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación,
Escuela de Idiomas Modernos.(1995)Normas y procedimientos para Trabajo de Grado. Caracas: Autor

5. Trabajos de ascenso

FERNÁNDEZ, M. (1990). Lectura semiótica de un relato. Trabajo de Ascenso.(inédito) Universidad Central de Venezuela, Caracas.

RIVAS, L. (1992). La literatura de la Otredad. Trabajo de Ascenso.(inédito). Universidad Central de Venezuela, Caracas.

ANEXOS

SAMANÁ, SAMANÁ

GLORIA STOLK

VENDÍA biblias y era furiosamente casto cuando llegó a la costa este de la isla. Vino atraído por aquel nombre con resonancias que a él se le antojaban de Antiguo Testamento, voz de profeta salmodiante que clama en el desierto. Samaná, Samaná.

Por todos los pequeños pueblos salpicados en la cordillera iba vendiendo su piadosa mercadería y como creía en ella lograba el milagro de que se la comprasen hasta aquellos que no sabían leer. También es verdad que el libro tenía bellas ilustraciones y que él lo vendía a un precio irrisorio, guardando para sí apenas lo necesario para mal comer. Su celo era tanto que le encendía los ojos con vivos destellos negros, y sus flacas mejillas se ruborizaban de gozo cada vez que un Libro Santo quedaba en manos ingenuas, ingenuamente pecadoras. La dicha interior lo hacía lucir radiante y la gente admirada esta fe contagiosa. Y le quería. El soñaba con convertir a una virtud austera toda aquella hermosa región que por algún motivo inexplicable le recordaba el Lago Tiberiades, que él jamás había visto.

Samaná.

Venía viajando en su automóvil viejo y destartelado como si fuese un carro de fuego, a tal punto le dominaba la gloria de repartir a manos llenas la Buena Nueva por aquellas tierras suaves y soñolientas donde

la gente hablaba con dejo dulce y descansado y se llenaba de hijos como el cafeto se llena de granos, naturalmente, sin fijarse dónde van a caer. Pensaba en ser, modestamente, el salvador, no, la palabra era demasiado alta, perdón, Señor, el amigo que trajera una moral nueva, más pura, una fe más consciente y más articulada, una vida más acorde con los principios sagrados, a aquellos míseros poblachos llenos de canciones y de despreocupada lujuria ancestral. Para ello, tendría que radicarse por allí algún tiempo, con su cargamento de Libros Santos y su facundia en comentarlos.

Ya lo tenía decidido, y como las incomodidades físicas poco le importaban estaba dispuesto a alojarse en cualquier sitio, con alguna familia modesta que lo quisiese hospedar.

La religión le había entrado de repente sin que él mismo supiera por qué, a los veinte años largos, cuando resolvió dejar sus estudios de ingeniero en los cuales iba muy bien, abandonar a la novia de turno que era bonita, apasionada y hasta rica y marcharse de la casa paterna donde hasta entonces viviera contento; para atender esta llamada, seguir la voz interna que lo impulsaba a servir a los otros con el Libro, y a cambio de todo sentirse invadido por una dicha incomparable, afiebrada, imposible de describir.

—¡Ta loco, pué! —Dijo la vieja niñera con un suspiro de bronce oscuro.

—¡Se metió a comunista! —Comentó la novia, encogiéndose de hombros, después de reclamarle en vano su amor, de llorar y protestar.

—Hay que dejarlo. ¡No es malo lo que desea hacer! —Opinó la madre, secretamente orgullosa de haber traído al mundo un idealista entre sus hijos dados a ganar dinero.

—¡Ya volverá a la casa cuando lo mate el hambre! —Rieron, burlones, los hermanos que sólo pensaban en triunfar.

Fueron pasando los años y no volvió. Se fue convirtiendo en una persona distinta del joven que había sido, del hombre que prometía ser, curtido por el sol, pobre y desaliñado, flaco a fuerza de sacrificios autoimpuestos, completamente olvidado de la vida usual, sin mujeres, sin afectos, pero rebosante de una alegría interior un poco forzada y hablando aquel lenguaje oracular, lleno de axiomas y de versículos, que a los cultos hacía sonreír, mientras los simples se extasiaban oyéndolo, sin comprender. El tampoco comprendía, pero andaba dichoso por esos caminos de sol.

—Pueblo de Dios, venid.

Los morenos de la costa se acercaban y oían fascinados, con la boca abierta como si se tratase de un fabuloso cuento de aparecidos, de ángeles y diablos, de amos blancos y santos, con cabellos largos y túnicas brillantes que llegaban de allá adentro, de las páginas del Libro Antiguo, para hacerles bien.

—¡Alabao! y qué sabroso lo cuenta, si parece que lo vio.

Para hospedarse quería una casa honesta, de familia bien constituida. Tal vez donde su amigo Don Tomás, cincuentón grueso y tímido, comerciante de alguna cultura con quien era agradable departir. Estaba casado con una haitiana blanca y tenía dos hijos, muchachos que los padres educaban con esmero. Era una familia ideal. Don Tomás, en medio de largas y filosóficas conversaciones con el vendedor santo, se avino a alquilarle una habitación. Haría mesa común con ellos, cuando quisiese. El precio de la habitación era razonable y la amistad que le brindaba Don Tomás, entre admirativa y protectora, le llenaba de entusiasmo.

Mudó sus magras pertenencias a la casa, que era amplia y tenía en el patio una enramada florida; puso su viejo coche a un costado de la cerca, y se quedó.

Para el cargamento de sus libros Don Tomás le había cedido otro aposento más pequeño, sin cobrarle

nada. Denise, la esposa, miró aquello con desagrado, pero no se atrevió a protestar. Su marido, bastante mayor que ella y dueño de una tienda próspera, llevaba la batuta totalmente en el hogar. Dominante con los suyos, como suelen serlo los tímidos, no pidió la opinión de ella ni de los chicos para llevar al Hombre de los Libros a vivir con ellos. Le encantaba tener alguien de tal nivel con quien conversar.

—Mujer, su influencia será benéfica para nuestro hogar.

Denise bajó la cabeza, riendo por lo bajo; aquel flaco excéntrico a quien apenas había visto una vez, le parecía poca cosa, en verdad.

—Cóbrale la otra habitación. Fue su comentario.

—Nunca. Es mi amigo, Denise, nos va a hacer mucho bien.

—¿A va.

Denise tuvo desde aquel momento que cocinar más y su marido la sacaba a pasear menos por las noches, embobado con la conversación del extraño huésped, razón por la cual ella empezó a tomarle ojeriza. Trataba de tropezarse con él lo menos posible y lo saludaba con palabras frías y sonrisa desdeñosa, siempre que Don Tomás no estuviese presente. Delante del marido, se limitaba a callar.

—Su señora no me quiere. Tal vez yo debiera irme de esta casa, dijo él una vez.

—¡Absurdo! ¡No lo piense Ud.! Ella le admira igual que yo, lo que pasa es que en el fondo es una muchacha sencilla y vergonzosa, a pesar de sus cantos y sus risas. Con Ud. no sabe cómo hablar, por eso la ve Ud. tan parca, pero ella lo aprecia, créame.

Y esa noche, en el lecho conyugal, le pidió a Denise que fuera más amable con el huésped.

Este, a su vez, pensó que debía hacer un esfuerzo por ganarse aquella alma esquiva que cantaba en la batea, reía alegremente con los chicos y a él, en cambio, le fruncía la boca con gesto de desprecio.

Esa sería su misión, su penitencia, cuando estuviese dentro de la casa, ganarse a la desconfiada Denise, máxime cuando tenía que reconocer que allá dentro, muy dentro de él, tampoco le gustaba ella. La encontraba equívoca, vagamente amenazadora, sin poder decir por qué. Mas haría el sacrificio, se acercaría a esta mujer inquietante para hacer de ella una amiga y vivir todos en paz.

Y empezó a tratar de conquistar aquella alma.

Pronto se estableció una relación cordial entre ambos. Denise reía con toda su boca ancha de labios carnosos cuando él le predicaba sus cosas; pero sin hacer el menor caso, empezó a encontrarlo divertido. Estaba tan convencido de lo que decía, sus ojos brillaban tan ardientemente al hablar de la dicha celestial. Denise que era blanca y lunareja, reía, echando mucho la cabeza hacia atrás, y la constelación que salpicaba su cuello y su garganta parecía resaltar como puntos de terciopelo negro sobre el albo raso de la tez.

El la miraba sin verla, empeñado en llegar a una conciencia que ella no tenía, y ella empezó a desear que la viera cuando la estaba mirando. Trabajo le costaría lograrlo. El hombre santo estaba fuera de la realidad.

Denise se encaprichó en aquel juego. Mientras él hablaba de cosas puras ella le miraba la boca. Alguna vez llegó hasta tomarle juguetonamente una mano y el maldito sin comprender. Que no era maldito sino santo, Juan.

Denise no hacía más que pensar en él.

El, bruscamente, decidió marcharse.

Llenó de libros el arruinado vehículo y partió casi sin despedirse, a recorrer otros pueblos de la serranía. Samaná, Samaná.

La belleza lujuriente del paisaje le recordaba a Denise, las arenas de la playa, blancas, acariciadas por los olas, eran como su piel, las palmeras cantaban como ella bajo la brisa y el sol que calentaba su san-

gre era menos ardiente que el fuego que ella había prendido en todo su ser. Ya no rezaba, apenas si dormía, y mil espinas de deseo lo tenían clavado al recuerdo de aquella mujer. Hacía su trabajo mecánicamente, sin pensar en lo que decía, y detrás de las palabras claras se movía la sombra incitante y turbia de la mujer.

Vagó como un fantasma por aquellas costas, con la mirada prendida hacia adentro, donde iba invicta, triunfante la imagen de ella, y ya el decir la Buena Nueva no le causaba ningún placer. Se sentía invadido, poseído; y espúreo le parecía todo aquello que había sido la razón misma de su existencia. Una tremenda lucha interior lo devoraba. Tuvo un violento ataque de fiebre y en un caserío de pescadores lo recogieron de caridad. Allí lentamente, se reponía sin ganas. Volver a la vida era volver a odiarse, pues con la vida volvía el recuerdo implacable de Denise. Con toda su castidad la deseaba. Con toda su pureza de alma la detestaba. Con todo su ser anhelaba ir a ella y una noche de lluvia, interminable, ella vino hacia él.

Había sabido de su larga enfermedad, refugiado entre los pescadores. Tenía él más fama de la que pensaba y sus andanzas eran comentadas por la buena gente de Samaná. Para ella, que lo buscaba oculta-mente, fue un juego de niños encontrarlo. Le siguió la huella luminosa de hombre que reparte el bien.

Y llegó, bajo la lluvia, toda risas y lunares húmedos como estrellitas negras. El no supo qué hacer. Abrió los brazos, como quien va a morir.

Ella partió a los tres días, días que él vivió amándola y odiándose, y antes de partir, le arrancó la promesa de que volvería a la casa de ella y Don Tomás.

Don Tomás.

Un año, un año largo, que pareció un siglo, estuvo él conteniéndose, sin ir allá. Un año con sus doce meses, sus cincuenta y tantas semanas, sus trescientos sesenta y más días. Días y noches. ¡Ah!... sin olvi-

darla, sin ir hacia ella. Pero tampoco se iba de Samaná.

Una o dos veces ella vino a él, acompañada del marido ignorante, haciéndose la encontradiza y procuró un minuto para decirle aparte que viniese, que viniese, por fin. Tenía los ojos febricitantes, su capricho se convertía en pasión, y Juan el de los Libros sufría el tormento de verla enamorada, triste, solícita, diferente a como era antes, esperando por él. Verla apenas unos instantes y creer que ella lo amaba como la amaba él era un tormento insostenible. Por las noches, angustiado, exclamaba:

Samaná, Samaná.

Al año justo, una noche de lluvia y truenos, por entre el fango del camino, la fue a ver. Llegó tarde a la casa. Don Tomás lo recibió amistoso y algo extrañado, él se excusó de la hora intempestiva contando que el viejo automóvil se había accidentado en el camino:

—Ya no podía más.

Todos rieron. El vehículo estaba realmente decrepito. Era incluso peligroso. Tomando un café tardío ella lo miró victoriosa. Los labios de Juan temblaban y repitió, como si hablase del viejo automóvil:

—Ya no podía más...

Se retiraron luego los tres a dormir. Al día siguiente Don Tomás se fue a su tienda, los niños al colegio. Juan el de las Voces entró a su infierno celestial.

No sabía mentir, detestaba engañar y se despreciaba a cada instante por estar bajo el techo amigo de Don Tomás viviendo aquella pasión desenfrenada. Para hacerlo sentirse aún más desgraciado, Don Tomás no sólo no sospechaba nada sino que le daba cada vez mayores muestras de afecto, preocupándose por su bienestar.

—Come más, Juan, que está muy acabado.

—Gracias, Don Tomás.

—Mire, Juan, tiene que hacer arreglar ese automóvil suyo, está en pésimo estado, no tiene casi frenos. Cualquiera día le va a dar un mal rato. Si desea cambiarlo por uno mejor yo puedo adelantarle algún dinero.

—No, Don Tomás, no se preocupe. Voy a llevar este mismo al mecánico. Lo arreglarán.

Denise reía, feliz, sintiéndose como un pez en el agua en aquella situación que martirizaba al Hombre de los Libros. Estaba como nunca lozana. Se abría como una flor bajo el rocío de aquellos amores escondidos y por disimular, o acaso por coquetería, extremaba sus muestras de cariño al viejo marido, prodigándole caricias delante de todos.

En el infierno de Juan entró un demonio nuevo, el de los celos, que lo atenaceaba a toda hora.

—No lo beses, no le hagas melindres.

Le decía en secreto a la mujer.

—Es para que no se dé cuenta, tonto, reía ella. Se estaba cobrando el año de zozobras que él la hizo pasar. Cada noche Juan se prometía no volver a juntarse con ella. Cada mediodía, al salir el marido, se iba ciego donde ella lo aguardaba.

Luego, a la madrugada, Juan se despertaba con sobresalto. Un dolor en el pecho, una opresión que parecía ser más del alma que del cuerpo, era su primera sensación al despertar. Se martirizaba a sí mismo pensando en lo miserable de su conducta, se llamaba fariseo y sepulcro blanqueado, se insultaba por lo bajo, odiándose sin tregua y si por azar lograba volver a dormirse aparecían en su sueño volando de las páginas del Libro Santo, una larga teoría de profetas y patriarcas, que moviendo desoladamente las barbas, salmodiaban con voz de anatema una sola palabra:

Samaná, Samaná.

Esta pesadilla lo perseguía. Por eso prefería aún antes de salir el sol, saltar de la cama e irse fuera.

Tomaba su viejo coche y se iba corriendo por los caminos, sin rumbo fijo.

Pero siempre volvía.

Una tarde en que el sol incendiaba los cielos y el mar a lo lejos se vestía de púrpura, Juan se puso en pie de repente. Estaban todos en el patio, bajo la enramada, tomando limonada y hablando perezosamente de nada. La blusa blanca de Denise resbalaba a cada rato sobre sus hombros y ella, con gesto lánguido, la volvía a su sitio. Don Tomás la miraba complacido. Ultimamente había tenido un reverdecir en su gusto por ella. La encontraba más fresca, más incitante. ¡Vaya mujer! Se acercó a besarla.

Juan, al rechazar la silla en que estaba sentado, lo hizo con gesto brusco, y se marchó a su habitación. Tomó uno de los Libros que tanto había amado, con los cuales quiso santificar el mundo y se dirigió hacia su viejo auto fiel.

—Cuidado, amigo, dijo Don Tomás bonachonamente, con ese anafe que tiene Ud. por vehículo. Vaya espacio. ¿Por qué no lo cambiamos, eh?

—Gracias, Don Tomás. Mañana, tal vez. Sí, mañana.

A toda velocidad se fue huyendo, por el camino polvoriento hacia la playa, hacia el fuego del mar. El libro, a su lado, se había abierto al azar y él leyó de soslayo, mientras conducía:

“2. Y vi un fuerte ángel predicando en alta voz:

¿Quién es digno de abrir el libro y de desatar sus sellos?

3. Y ninguno podía ni en el cielo ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro, ni mirarlo.

4. Y yo lloraba mucho porque no había sido hallado alguno digno de abrir el libro, ni de leerlo... ni de mirarlo...”.

El viento que entraba por la ventanilla hizo volver hacia atrás algunas páginas, y Juan con los ojos arrasados en lágrimas, leyó:

"18. Como os decían: Que en el postrer tiempo habría burladores que andarían según sus malvados deseos.

19. Estos son los que hacen diversiones sensuales, no teniendo el Espíritu".

Y ya sin leer se repitió a sí mismo por lo bajo: "Si algún hermano tiene mujer infiel y ella consiente en habitar con él, no la despida".

Ella consiente, ella consiente...

Como una flecha desalada, el viejo auto crujiente tomó la ruta de la cordillera. Iba volando. Resoplaba, gemía. Juan pisaba inclemente el acelerador a tiempo que miraba de lejos, la bella, la resplandeciente bahía de Samaná, velada por sus lágrimas. No prestaba atención a la ruta. Iba fuera de sí.

Cuando quiso frenar ya era tarde. Había llegado al borde del arrecife y nada pudo contener el impulso que lo lanzó, volando, hacia el abismo.

EL JOVEN DE LAS BARBAS

GLORIA STOLK

Y LA OTRA historia, acaecida también en la ciudad, la del joven de otras tierras que llegó aquí y se dejó crecer las barbas, para ocultar con ellas el verde detonante de unos ojos llenos de luz ajena. El joven vino con su mujer foránea, ni bella ni fea, ni joven ni vieja y pensó que iba a sacar del suelo oro en forma de cañas verdes, de dulce almíbar, de ardiente licor, de qué sé yo qué. Vino con unos trajes elegantes de esos que llaman tropicales y un perro fino, afeitado de peluquería, que al poco tiempo se murió. La mujer no se murió, pero se volvió loca de rumba, de merengue, de ojos negros rasgados, de bigotitos finos y otras cosillas más, y hubo que mandarla rápido a su tierra fría, de gente seria, para que se le pasara su alegre mal. Alguien dijo que la sirvienta le había hecho un "trabajo" para ponerla así, que la había ensalmado para quedarse ella con la casa, con los ojos verdes y la maquinita licuadora, pero no fue verdad. El médico que había estudiado fuera dijo que era una anemia complicada de un trastorno del apetito, bulimia que llaman, y la hizo regresarse a su país. Dijo que en el trópico a algunas mujeres les solía dar.

El joven de las barbas, ya muy bronceado y con cara de tritón en ayunas, no quiso irse. Abandonó los trajes tropicales, empezó a vestirse como todo el mundo y a hablar con un dejo perezoso el español.

Ya se comía las eses finales, ya decía: Vaámono, pué, a la tre no juntamo todo" y cosas así, y cuando alguien le hablaba en su propia lengua sajona se hacía el distraído. A ése se lo comió ya la tierra, comentaban entre indignados y desdeñosos sus amigos elegantes, y suspiraban:

¡Qué islas, Señor, qué islas para devorar!

Entre tanto, el joven de las barbas, liberado de mujer y perro, gozaba un mundo y los ojos se le ponían cada vez de un verde más profundo, más terri-genoso; color de monte, color de bosque seco, color de tigre y de jaguar.

Poco a poco, entre tanto sentir su hambre y saciarla, se le fue olvidando lo del oro en cañas, lo de sacarle el jugo a la tierra, y resolvió sacárselo a la vida, que es mejor. Siempre seguía trabajando donde mismo, pero ya no era el "joven ejecutivo prometedor" que decían en los periódicos y que con tanto entusiasmo había importado la compañía. Era un empleado más, que un poco antes de las cinco empezaba a mirar a hurtadillas el reloj y a preguntarle por lo bajo a algún compañero: ¿Dónde es la cosa esta noche?

Los palos de golf dormían en un rincón. Hace mucho calor. Pero en cambio se compró una guitarra y la tocaba con hondo, encorajinado ardor. Por las noches altas daba serenatas. Sus amigos de ahora lo llamaban Tico, haciendo diminutivo de su nombre extranjero y Tico se bañaba en el río, comía casabe, dormía en hamaca, soñaba en lengua romance y le importaba un pito lo que dijeran de él.

Así tuvo que pasar lo que pasó. En sus andanzas Tico conoció a una mujer un poco especial. Era una criolla hermosa, lánguida y malcriada por fuera, para él tierna y sumisa. Con una sumisión que a él le fascinaba, no habiendo conocido nunca cosa igual. Entre serenatas, paseos a lo largo de los arrecifes, susurros de palmeras cómplices, Tico se perdió.

Es tan femenina, se decía. Tan blanca y suave. Parece un malabar. Y quiso llevarse el malabar a su casa.

La sirvienta que le chiflaba la licuadora hizo que alguien le escribiera a la esposa ausente. Esta vino y se apersonó. El la recibió revólver en mano:

—¡Tú me has faltado!, le dijo.

Ella abrió mucho los ojos ante aquel argumento de latino y después de convencerlo de que pusiese el arma sobre la mesa, le recordó sus días universitarios, el trabajo para obtener su título, la joven promesa que era él en la Compañía, su porvenir de triunfador seguro, el oro dormido en las Vegas, las acciones de Bolsa y todo cuanto había sido la meta de ambos al venir a aquella oscura isla embrujada... Todo inútil.

Tico respondía tozudamente:

—¡No es oscura, sino clara, clara! No es embrujada sino mágica, y acabó por confesar:

—Es que ella parece un malabar. ¿Te das cuenta? Un verdadero malabar, blanca, con unos ojos negros...

La mujer replicó, furiosa, que los malabares no tienen ojos, que además no se llaman malabares sino gardenias y que él era un estúpido, y acabó por marcharse, entre llantos y sarcasmos.

Tico fue libre, y la gardenia lo encadenó. A él le parecía la cosa más maravillosa del mundo casarse con una flor.

Hasta aquí —decía el viejo Zacarías, alisándose las greñas rizosas— el caso no tiene nada de particular. Eso de que ellos se vuelvan como nosotros, suele pasar, una vez que otra, sobre todo si hay hembras de por medio... Oye como sigue la historia, óyesela al mar...

El mar bramaba, ronco, y el viejo lo dejaba hablar.

La gardenia de Tico de pronto empezó a cambiar. Siempre tenía los ojazos negros muy abiertos, como alas de mariposas sobre una flor de terciopelo, pero su ternura se hizo caprichosa, su sumisión volvióse

imperativa y dominaba a Tico por la dulzura, una voluntariosa e irresistible dulzura, llena de lo-que-tú-quieras-mi-amorcito, que él no sabía cómo contrariar. Quiso una casa grande, amigos influyentes, conocer gente extranjera y viajar, tener, progresar.

El volvió a ser hombre importante en la Compañía, espoloneado por la ambición férrea que se ocultaba tras el suave rostro de flor. Los caprichos de niña mimada se fueron convirtiendo en frías exigencias de mujer y Tico accedía a todo, temeroso de verla partir.

Me voy para mi pueblo, decía ella de vez en cuando y Tico se rasuró las barbas, en tanto sus ojos tomaron un duro brillo metálico, de buscador de oro, agudo y depredador. Fue un exitoso hombre de empresa, sus amigos lo celebraban envidiándole, y él era terriblemente infeliz en su felicidad.

El malabar ya no era una flor en su mente, sino una araña blanca, tersa, monstruosamente suave y devorante. De noche Tico tenía pesadillas. La araña lo abrazaba hasta ahogarlo sobre un montón de oro mullido como un lecho de amor.

Un día se sorprendió a sí mismo hablando en su lengua materna, como perdido en la infancia remota, lejos de toda realidad. No tenía ya contacto con el mundo exterior. Todo cuanto le rodeaba era ajeno, enemigo, hostil. Sólo oía la voz monótona y acariciante del mar y entró a su casa. Se despojó del traje de calle adocenado, cambiándolo por ropas viejas, sin color, y salió calladamente, al filo de la pared, como quien huye, dejándolo todo.

El malabar quedó en su regia casa, rica, blanca, desconsolada. Se daba aires de viuda joven cuando al correr de los meses Tico no apareció.

¿Qué se hizo? Se preguntaba la gente.

Ese siempre fue medio raro: ¿Se marchó a su tierra? ¿Se lo tragó el mar?

Por fin se cansaron de buscarlo. Nadie supo más de él. Nadie sino el mar.

El viejo Zacarías me confiaba, malicioso, por lo bajo:

—Unos años después lo encontré por allá, por la costa sur, con sus barbas de tritón gozoso, sus ojos llenos de luz verde, su vieja guitarra bajo el brazo. Era pescador de oficio y vivía humilde y dichoso entre la tierra y el mar.